

FBI

TERROR ORGANIZADO

*MORTIMER
CODY*



Terror organizado

MORTIMER CODY

I

DE todos los hombres que se amontonaban en el bar de Boykin, en Lewis Street, junto a East Houston, quizás el único que apenas sentía interés por las imágenes que aparecían en la pantalla del televisor era Alan Negin.

Los demás estaban tensos, expectantes, con la mirada fija alternativamente en Cassius Clay, o en Sonny Liston. El primero parecía un tigre joven, dispuesto a pelear, impaciente por hacerlo. Liston se lo tomaba con calma.

Había ambiente en el bar.

Comentarios, rumores; alguien le decía algo a Clay, como si pudiera oírle; algo así como: «¡A la primera, negro!». Se cruzaban apuestas; alguien reía...

Alan Negin, no.

Ni hablaba, ni reía, ni apostaba. Su rostro estaba tan sombrío como el de Sonny Liston. Es posible que éste presintiera el desenlace del combate. En cuanto a Negin, podía presentir algo peor.

Como fuese, Negin estaba allí por estar en algún sitio, y no sentía el menor interés por nada que no fuesen sus negros pensamientos. Estaba en pie, cerca de la atestada barra del bar, rodeado de gente que, en cierto modo, podía ser una protección. Claro que nadie podía tan siquiera adivinar cuál era el problema de Negin. Y a nadie le importaba, por de contado. De modo que Negin se sentía sólo allí, y en peligro, si bien camuflado entre la gente del bar.

Pero le habían encontrado.

Sí, porque aún no había empezado el combate cuando alguien tocó un hombro de Alan Negin. Éste, lentamente, impasible el

rostro, pero lívido, giró. Su mirada se clavó en la del hombre sonriente que le había dado un golpecito en el hombro.

—¿Negin? —saludó, tranquilo, el otro.

—Déjeme en paz —murmuró Negin—. Váyase.

—¿Es su respuesta definitiva? —inquirió el otro, sin abandonar su fría sonrisa.

—Lo es. ¡Váyase!

El hombre meneó la cabeza.

—Tal vez no ha reflexionado lo suficiente, Negin. Y ya es tarde para perder tiempo. Sin embargo, yo me he tomado la molestia de reflexionar por usted, y sé que le conviene venir conmigo. Partimos dentro de media hora escasa.

—No iré nunca con ustedes. Es mi última palabra.

—No sea obcecado, Negin. Cualquier hombre de inteligencia media comprendería inmediatamente que su postura es equivocada.

Negin se humedeció los labios. Era hombre de edad indefinida. Podía tener de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Quizás alguno más. Su cabello era de un rubio ceniciento, y en aquellos momentos un mechón estaba pegado a su húmeda frente.

Dijo:

—No me importa lo que pudiera pensar un hombre de inteligencia media. Ni me importa lo que pensara un genio. No iré con ustedes.

El otro apretó ligeramente los labios, tratando de controlarse.

—Se está comprometiendo mucho, Negin —murmuró—. ¿No se da cuenta de que sabe demasiado?

—No diré jamás nada. Pero déjeme en paz.

—No podemos confiar en nadie. Y menos en usted, Negin. Primero aceptó nuestra oferta. Luego, cuando se le puso al corriente de lo que pretendemos, se niega a colaborar. ¿Por qué? ¿Qué debemos pensar de usted? Compréndalo: usted ha demostrado poca firmeza de carácter. No sabe lo que le conviene. Para eso estoy yo, para aconsejarle. No perdamos tiempo, Negin.

—Yo..., cuando acepté, ni siquiera podía imaginar de qué se trataba. No puedo hacer una cosa así. Ni por dinero, ni por nada. Nunca diré una palabra a nadie, pero...

—Pero nada —masculló el tipo—. Decídase, Negin.

—Está decidido.

Y Negin le volvió la espalda a aquel hombre, imaginando que no empezaría a tiros con él allí mismo. Había demasiada gente. Claro que lo cierto es que nadie les hacía el menor caso. Hacía sesenta segundos que había comenzado el combate, y se produjo la bomba: ¡Liston, fuera de combate!

La bomba estalló en todo el país.

El bar de Boykin se convirtió, de súbito, en una locura de gritos; unos de alegría, otros de ira, de decepción. Comentarios, discusiones, conatos de pelea entre la gente. Ya se sabe: cada cual mira las cosas según le interesa. Mientras, el sombrío Liston ya estaba en su rincón, con expresión estupefacta.

El sombrío Alan Negin, al volverse de espaldas, notó un soplo helado en su nuca.

Se estremeció. Trató de prestar interés a la pantalla y averiguar qué ocurría.

Alan Negin nunca más podría prestar atención a cosa alguna.

Fue un ataque inesperado; algo que penetró en su espalda, abrasándole. Luego, un pinchazo en el corazón. Y nada más. La navaja quedó en la espalda de Negin, sin que nadie se hubiese percatado de nada. Negin quedó muerto, ligeramente apoyado en un individuo que discutía a gritos.

El asesino retrocedió, sonriendo, sin que nadie le viera. Es decir: le veía mucha gente, pero en aquellos momentos el asesino no era nadie, no tenía la menor importancia. Todo se centraba en torno al fulminante K. O., de Liston. Y el tipo observó lo que ocurría.

El tipo que discutía, gritó:

—¡Eh, maldita sea, quítese de encima!

Ante el gesto del tipo, el cadáver de Negin, sin equilibrio, se desplomó en brazos de otro sujeto.

—Debe ser un colapso —gruñó.

Entre varios hombres rodearon al muerto. Luego, una voz aguda, de terror:

—¡Le han asesinado!

Y mostraba una mano cuyos dedos goteaban sangre, ante los estupefactos clientes del bar de Boykin. El cadáver de Negin llegó hasta el suelo, de bruces, y muchos pares de ojos muy abiertos pudieron ver la empuñadura de la navaja asomando desde la paletilla izquierda.

Hubo revuelo, desconcierto; un movimiento de retroceso.

Por fin, alguien reaccionó:

—¡Hay que avisar a la Policía!

Sí. Pero antes, por si acaso, la gente empezó a atropellarse hacia la salida del bar. Hay gente que le tiene un miedo especial a la Policía, y a veces fundado en algo concreto. De modo que en torno al cadáver de Alan Negin todo fue arrastrar de pies, empujones, gritos, maldiciones...

Alguien llamó a la Policía.

El «Club 22», en Irvington Street, estaba abarrotado de público. El «Club 22» es uno de esos sitios que hay que descubrir. Su entrada, su situación en Manhattan, cerca de los muelles del East River, no indicaban lo que podía hallarse dentro del Club. Lo mismo que en todos, es cierto, pero presentado de otra manera. Las mujeres eran más hermosas, la música más alegre, el ambiente más íntimo y emocionante, el *whisky* mejor...

Cualquiera podía pasarlo estupendamente en el «Club 22», con unos dólares en el bolsillo.

La chica era morena. Rostro ovalado, labios algo gordezuelos y los ojos muy grandes y rasgados, negros. Su figura era impresionante. Esbelta, firme, un busto perfectamente insinuado y las caderas redondas, casi ampulosas; seguían unas piernas rectas, bien torneadas y realzadas por los zapatos de tacón alto. La falda, negra, de tubo, se encargaba de demostrar estas cosas. Y el jersey azul celeste, otras.

La chica reía.

Y el tipo que estaba sentado junto a ella, en una mesita algo alejada de la pista de baile, no podía creer en su buena estrella.

El tipo era absolutamente vulgar. Se notaba que no era asiduo a los clubs nocturnos, y hasta posiblemente se tratara de un esposo algo cansado de la monotonía del hogar, de una mujer gruesa y de tres chiquillos diabólicos.

Por eso, el hombre supo cómo debía aprovechar la ocasión. Y allí, sobre la mesita, estaban las copas de champaña helada.

¡A ver...! Aquella noche habría champaña, baile y... y lo que fuese, con aquella impresionante morena, que se pegaba mucho al tipo, le sonreía y le hacía beber champaña de su copa, allí donde

ella había puesto los labios. Como es lógico, el hombre se entusiasmaba por momentos, y de besar la copa quiso pasar a algo más positivo.

Encontró una resistencia muy simpática: ella apartaba los labios mimosamente, dejando que los besos del individuo fuesen a parar a sus mejillas.

El tipo empezaba a ver las cosas con claridad..., según él. La impresión era que la morena estaba realizando con un arte notable su juego, y una vez con el tipo inflamado, ella llevaría la batuta.

Al tipo le daba igual. Aquella morena era la mejor oportunidad de su vida. Cada cual ha soñado alguna vez con su aventura. Pues bien: para aquel hombre absolutamente vulgar, llamado Paul Kyster, había llegado el momento. Le costaría sus buenos dólares, estaba claro. Pero ¿para qué sirve el dinero?

Así estaba la cosa.

El tal Paul Kyster ya había rodeado a la morena con un brazo, por la cintura, y con el otro brazo quería comprobar ciertos extremos. Ella reía, sí... Y el tipo se quedaba sin comprobar nada.

El caso es que Kyster empezó a olvidar que estaba en un lugar lleno de gente. Y entre el champaña y el perfume de la morena, y los besitos en la mejilla, olvidaba otras muchas cosas. Ni siquiera captaba el cambio de expresión que se había producido en el rostro de la joven, si bien hay que decir que ese cambio era apenas, perceptible.

Ella susurró, acercando mucho sus labios al oído del tipo:

—¿Bailamos, cariño?

—Claro que sí, «bombón». Yo hago lo que tú quieras.

Ella sonrió y puso los labios en la rasurada mejilla de Kyster. Y el tipo se incorporó, tomó a la morena por una muñeca, tiró de ella y se la encontró entre los brazos. Así llegaron hasta la pista.

Paul Kyster, algo chapado a la antigua, miró con escepticismo a la gente que bailaba. Las parejas estaban separadas, siguiendo el ritmo del «bostella». ¿Y a él, qué? Le importaba un pepino el modo de bailar aquel ritmo. Él no soltaba a la morena. Así que la atrapó a gusto, y empezó a bailar a su manera.

Ella no se resistía en absoluto.

Y, pegada a aquel hombre, miraba, inquieta, hacia la entrada del Club.

Quizás no había sido descubierta. De todos modos, no podía arriesgarse.

Iba a hacer las cosas de la mejor manera posible. Había cometido ya algunos errores, pero todo podía solucionarse discretamente. El tal Paul Kyster era, quizás, el hombre indicado; un tipo de absoluta buena fe y con cara de hombre honrado que quiere divertirse un día.

La joven murmuró:

—Cariño.

—Sí.

—Introduce tu mano en mi escote.

—Que in... ¿Cómo...?

—Por favor.

Kyster no comprendió. En su opinión se trataba de otro jueguecito emocionante de la morena. Y él no era tonto, precisamente. Así que... Notó hasta escalofríos al hacer lo que la joven le había pedido. Y también notó algo más: estaba tocando algo..., un papel. Debía ser un papel.

—¡Eh! ¿Qué es...?

—Por favor —susurró ella—. Toma el papel y guárdalo con el mayor disimulo en el bolsillo.

Kyster, desconcertado, obedeció. La joven se sintió satisfecha, segura de que aquella primera parte había salido bien.

—Bueno..., ¿puedo saber qué diablos significa esto? —inquirió Kyster.

Ella se separó un poco y le miró a los ojos, sonriendo de un modo que casi hizo fruncir el ceño a Kyster. Por el mismo hecho de no ser tonto, comprendió entonces, sólo entonces, que lo de la aventura, lo de la noche feliz y todo lo demás, acababa de esfumarse. Porque la morena no era de aquéllas, y todo lo anterior, como besitos, sonrisas, champaña, aquel modo de bailar..., todo aquello había ido encaminado a que el papel que ella llevaba en el escote pasara al bolsillo de Kyster, sin que nadie advirtiera nada.

—¿No respondes? —inquirió Kyster—. ¿Quién eres?

—No se preocupe. Y muéstrese igual que hasta ahora —dijo ella, prescindiendo ya del tuteo.

—Pero...

—Señor Kyster, usted me está haciendo un positivo favor. Y no

sólo a mí. Cuando salgamos de aquí, nos separaremos. Usted irá directamente a la Delegación del F.B.I., y entregará ese papel.

Kyster, sintiéndose un poco estúpido, siguió tratando de alcanzar los labios de la morena, sin conseguirlo. Y ella reía, como antes. ¡Maldita sea...!

Y como Kyster era también un muchacho honrado, no quiso abusar. Todo lo que hacía ella se debía a las circunstancias, y a él le repugnaba aprovecharse de ello. Con dinero, o por razones de mutua simpatía, él hubiera hecho locuras aquella noche con la morena. Pero de aquella forma, no.

—Volvamos a la mesa —dijo.

Ella le miró rectamente.

—Está decepcionado y se le nota, señor Kyster. Lo siento...

—No se preocupe —gruñó Kyster, volviendo al tratamiento, como poco antes la joven—. Imagino que usted tiene importantes razones para obrar así. Y si es algo que interesa al F.B.I., debe ser serlo.

—Lo es. Y me alegro de haber confiado en usted, señor Kyster. No me he equivocado.

—No, por supuesto. Me alegro de poder hacer algo por usted.

—Se lo agradezco. Ahora, será mejor que nos vayamos. Repito que se nota su cambio de actitud, y puede ser peligroso, especialmente para mí.

Kyster, si bien no muy valiente, se sentía obligado a hacer algo más.

—¿Puedo ayudarla en alguna otra cosa?

—No, no... Ya es suficiente. Entregue ese papel al F.B.I., y me habrá ayudado mucho.

—Pero si corre peligro...

—Saldré de él. No puedo arriesgarme a que le descubran a usted. Espero que me perdone por haberle mezclado en este asunto.

Kyster sonrió con naturalidad.

—Yo estoy encantado —dijo—. Lo he pasado estupendamente. ¿No... volveremos a vernos en circunstancias más propicias?

—No lo creo, señor Kyster —musitó la joven.

Kyster suspiró.

—Está bien. Cuando quiera.

—Ahora mismo.

Se dirigieron de nuevo a la mesa, y Kyster procuró realizar bien su papel. Y no dejó de desconcertarle el hecho de que lo hacía mucho mejor antes, cuando aún ella no se había descubierto. Y era la misma impresionante mujer, sí... Cosas raras. Claro que después de conocerla un poco mejor, uno no podía mostrarse tan confianzudo e indiscreto como antes. Y si la rodeaba por la cintura, había que hacerlo con más delicadeza, y si la besaba, lo hacía un tanto cohibido...

Terminaron el champaña y ella se colgó del brazo de Kyster.

Echaron a andar.

Cerca ya de la salida, Kyster notó que la mano de la joven se crispaba ligeramente. La miró al rostro, observando, sorprendido, que ella sonreía con expresión alegre. Y dijo:

—Bésame otra vez, cariño.

Aquella vez, Kyster observó que ella apenasladeaba un poco el rostro de modo que la besó en la comisura de los labios, con lo cual la ocultaba el rostro.

Y, poco después, estaban en la calle.

Caminaron unos pasos por la húmeda acera, poco transitada en aquellos momentos, y la joven miró varias veces hacia atrás. Dijo:

—Tome un taxi, señor Kyster. Procure alejarse de aquí cuanto antes.

—Oiga..., no sé si debo dejarla ahora...

—Hágalo, se lo ruego.

—Bien...

—Sé cuidarme, se lo aseguro.

Kyster miró el bolso que colgaba de un brazo de la morena. Y empezó a imaginar cosas. Y..., bueno: después de todo, no dejaba de ser una aventura lo de aquella noche. La lástima que no era el tipo de aventura que él esperaba...

Un momento después, en la esquina de East Houston, Kyster detenía un taxi. Estrechó la mano que ella le tendía y se dispuso a subir al vehículo. Recordó algo, de pronto:

—¡Eh no me ha dicho su nombre...! ¡Oiga!

La mujer ya había doblado la esquina.

Kyster se sintió tentado de seguirla, pero tras una ligera reflexión se dijo que lo más prudente era librarse de aquel papel que llevaba en el bolsillo y olvidar por completo el asunto. Y

olvidar a la morena.

Se acomodó en el asiento y dijo:

—A la Delegación del F.B.I.

Por el camino encendió un cigarrillo. Sentía mucha curiosidad por el contenido del papel, pero no quiso meterse en más líos.

II

ANTE sus ojos, la muchacha que acababa de abrir la puerta tenía dos cosas extraordinarias.

Primera: el tipo. Era un hombre alto, enjuto, de rostro anguloso. Los ojos grises y el cabello castaño. Labios muy bien dibujados, que contrastaban con el resto de su semblante varonil, un tanto irregular. Entre el contraste y la prieta sonrisa, así como la recta mirada gris, aquel hombre podía impresionar a cualquier mujer. Además, se le adivinaba fuerza, inteligencia... y, mirando con mucho detenimiento, también se podía notar un sospechoso bulto bajo su axila izquierda.

La segunda cosa extraordinaria era su identificación, que mostraba en una mano: «F.B.I.».

—¿Puedo hablar con usted, señorita Negin? —inquirió gravemente el agente del F.B.I.

—Por supuesto. Pase.

Dick Monahan penetró en el discreto apartamento de los Negin. Echó un ligero vistazo, comprobando la absoluta normalidad de todo aquello. No había lujo, ni detalles que llamaran la atención. Mobiliario sencillo, con algo de polvo encima..., y, mirando a *miss* Negin, uno lo comprendía perfectamente: *miss* Negin no era chica de hogar.

Se notaba al primer vistazo. Hermosa, joven y dormilona. Eran las once de la mañana y estaba claro que acababa de despertarse.

Era lógico, por tanto, que vistiera cuatro trapitos no muy discretos, y Monahan, tranquilo, hizo un recorrido visual de líneas, lo cual era ciertamente emocionante. Se veía algo y se adivinaba mucho...

Ella había caminado por delante de Monahan, conduciéndole a

una diminuta salita, con ciertas comodidades: televisión, pequeño bar, dos sillones...

—Siéntese, señor Monahan —dijo la joven.

Dick Monahan se sentó. Ella lo hizo frente a él, en el brazo de un sillón. Alargó la mano y tomó un paquete de cigarrillos. Extrajo uno, y encendió con la llama del encendedor que tendía Dick. La joven aspiró la primera bocanada de humo y fijó sus ojos azules en los de Monahan.

—¿Se trata de... de la muerte de mi padre? —inquirió.

—Así es, *miss* Negin.

—Bien... Es extraño... ¿Por qué interviene el F.B.I.? ¿Acaso porque mi padre había sido sargento de la Infantería de Marina?

Monahan meneó la cabeza.

—Eso puede tener relación, *miss* Negin —dijo—. Brevemente le diré que la Policía Metropolitana nos ha traspasado el caso, puesto que en el curso de sus investigaciones se ha descubierto la desaparición de otros tres hombres; dos de ellos, sargentos, como su padre. El último, un teniente. Todos de Infantería de Marina. Como usted puede comprender, estos hechos llaman forzosamente la atención. Puede ser una cadena de asesinatos, aunque, por el momento, no existen pruebas de que los otros tres hombres hayan muerto. En cuanto a los móviles de los probables crímenes, es difícil hacerse una idea..., por ahora.

—¿Y cree que yo puedo ayudar al F.B.I.?

—¿Por qué no, *miss* Negin?

—La Policía ya me interrogó. Supongo que habrá trasladado a ustedes mis declaraciones. Y no puedo agregar más. Ojalá pudiera, señor Monahan. Aunque mi padre y yo no estábamos muy compenetrados, yo le quería, como es lógico. Nos limitábamos a vivir cada uno nuestra vida.

—Comprendo eso. Y sé que fue usted quien puso a la Metropolitana tras de la pista de esos tres hombres... desaparecidos. Los tres eran amigos de su padre.

—Así es, señor Monahan.

—Tal vez olvidó algún nombre.

—Bien... Mi padre era un hombre que sabía conseguir amigos, señor Monahan. Trabajaba en los muelles y conocía a mucha gente. No obstante, como amistad propiamente dicha, yo sólo le conocía a

Bill Vaughan, a Pete Devine y a Willard Nimmo, el teniente. Una amistad antigua, desde lo de Corea. Ya dije también que jamás detalle alguno me hizo sospechar que podía ocurrir una cosa así. Siempre se comportaba con toda normalidad... Oiga: ¿creen de veras que también han asesinado a los amigos de mi padre?

—No lo sé... No sé qué responder. ¿Usted no recuerda a algún amigo común de los cuatro? ¿No oyó cualquier cosa en sus conversaciones, algo que pudiera...?

—Nada, señor Monahan.

—¿Tampoco su padre parecía esperar la suerte que le aguardaba?

—Mi padre era un hombre muy reservado y entero, ¿sabe? Es cierto, no obstante, que advertí en él ciertos signos de preocupación últimamente. Es más..., a veces parecía querer decirme algo, pero no llegó a hacerlo.

—¿Usted no imagina nada?

—Lo siento.

—Ya... Dígame: ¿su padre era un hombre ambicioso?

—En absoluto.

Lo dijo con un tono un tanto seco. Monahan observó de nuevo a Marjorie Negin, adivinando que, precisamente, la escasa compenetración entre ella y su padre había obedecido a la nula ambición del exsargento. La chica parecía, casi siempre, ávida. Su expresión era algo ansiosa. Y tenía los labios sensuales. Indiscutiblemente, a Marjorie le gustaba la vida. Una rubia bonita y joven, sí... Pero que no estaba sirviendo de gran cosa.

—Está bien, *miss* Negin —dijo Monahan—. Creo que esto es todo, por ahora. ¿Puedo confiar en que comunicará conmigo si recuerda algo importante?

—Cuente con ello.

Monahan se estaba incorporando ya. Tenía que decir algo más, pero había que procurar hacerlo del modo más suave posible. Inquirió:

—¿No se le ha ocurrido pensar que... que usted puede correr algún peligro?

Marjorie abrió mucho los ojos.

—Pues... no. En absoluto —murmuró.

—Bien...

—¿Piensa que realmente yo puedo correr la misma suerte que mi padre?

—No sé, *miss* Negin. De todos modos, no quiero sorpresas en este aspecto. Confíe en el F.B.I., si observa algún detalle que la inquiete.

—Lo haré, desde luego. Pero no tengo miedo, señor Monahan.

—Lo celebro. Tal vez vuelva por aquí a hacerle algunas preguntas. A veces una pregunta en apariencia estúpida puede ser la clave, ¿comprende? El asunto es grave. Se trata de la vida de otros tres hombres, y algo más, claro está. Me refiero al motivo. Es inquietante que su padre y los otros tres, precisamente ellos, hayan servido a la Infantería de Marina.

—Pero... no comprendo muy bien, señor Monahan. Eso fue hace años.

—He leído los expedientes de los cuatro, *miss* Negin: magníficos. Se pueden pensar muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Monahan sonrió. Marjorie parpadeó. Bueno... Ella ya estaba comprometida, y no era cosa de empezar a pensar que existía por lo menos un tipo que dejaba hecho un gusano al guapo y elegante Lester.

—Permítame que me reserve la respuesta —dijo Monahan.

—Como quiera. Ahora... tengo que vestirme.

Marjorie se había puesto en pie. No la asombraba en absoluto el estar pensando que la hubiera gustado que el tipo del F.B.I., la besara. Estaba segura de que cualquier mujer sentía lo mismo que ella ante el tipo del F.B.I. Por tanto, no era culpable. Tranquila de conciencia, pues, pasó delante de Monahan, guiándole hacia la puerta.

Dick sonreía, tranquilo, observando a Marjorie. Evidentemente, se trataba de una muchacha llena de vida, apasionada. Marjorie, en opinión de Dick, tomaba todo lo bueno que la vida le ofrecía.

Y cuando Marjorie se volvió, ya junto a la puerta, la mirada del agente del F.B.I., captó el gesto de resignación de Marjorie. Y la chica dijo:

—Señor Monahan..., espero volver a verle.

—Es muy probable —sonrió Dick.

—Oiga..., ¿qué pensaría usted de una chica que tiene novio, y

que comprende ahora que se equivocó al elegir?

—Pues... depende, *miss* Negin...

—Marjorie —musitó ella, sonriendo.

—Muy bien, Marjorie. Repito: depende.

—¿De qué?

—De lo que esa chica haga.

—Comprendo... Suponga que esa chica besa a otro hombre.

Dick quiso tomar la cosa a broma. Diablos..., él había procurado en todo momento mantener las distancias, pero... Era ella la que las acortaba. Y no sólo metafóricamente, sino físicamente. Porque Marjorie no quería contenerse; no le daba la gana de contenerse. Y casi se pegó a Dick.

—¿No responde, señor Monahan? —inquirió, con media sonrisa velada—. ¿Qué le ocurre?

—Mira, pequeña —gruñó Dick—, exageras un poco. Soy casado, con ocho hijos, además.

Marjorie pestañeó, sorprendida. Luego, musitó:

—Embustero.

Y rodeó el cuello de Dick, poniendo sus labios sobre los del agente especial. Dick no supo qué hacer con sus manos. Ella encontró ocupación para las mismas, y la cosa quizá hubiese pasado a mayores, si Dick, con suavidad, no la separa, diciendo:

—Eres demasiado generosa, Marjorie. Es cierto que todo es muy hermoso, que la felicidad le gusta a todo el mundo, y todo el mundo la busca, pero, diablos... En estos momentos, yo soy un hombre con problemas, ¿comprendes? Tengo cosas en qué ocuparme y pensar.

—Está bien... Vuelva por aquí, señor Monahan.

—Si las investigaciones así lo aconsejan...

—Por lo que sea, señor Monahan.

Había cortado las excusas de Dick. Y éste desapareció del apartamento de Marjorie dejando a la muchacha pegada a la puerta, con una sonrisa en los labios. Luego, reaccionó. Bueno..., no estaba bien lo de olvidar a Lester por el primer desconocido que veía...

Y como tenía que almorzar con Lester, se dirigió hacia su cuarto a vestirse.

Volvió a verla.

Ella estaba allí, tendida en la blanca camilla, y cubierta por un

sudario. El rostro de Marjorie estaba tan blanco como el sudario, y Dick Monahan había retirado ligeramente la sábana, contemplando, incrédulo, aquellos dos orificios negruzcos que la muchacha presentaba bajo el seno izquierdo.

La habían encontrado en un parque, de bruces, muerta.

Ya no era la joven llena de vida y apasionada, capaz de tomar cualquier cosa que le pareciera digna de vivirse. Era un simple cadáver. Algo frío y sin vida. Nunca volvería a besar a un hombre; nunca sería ambiciosa...

Dick Monahan estaba lívido. No podía dejar de lado la idea de que debió evitar aquello. El F.B.I., hubiese podido hacerlo, dedicando un hombre a la vigilancia de Marjorie.

—Vamos ya, Dick.

Sin mirar al inspector Dashiell, asintió con la cabeza.

Poco después caminaban por los pasillos de la «Morgue», en busca de la salida. Aquel espectáculo era siempre deprimente, y más cuando se trataba de una mujer hermosa. Total, unas horas antes Marjorie le había besado...

Se metieron en el coche, en silencio. Y llegaron en silencio a la Delegación del F.B.I.

Unos minutos después, estaban en el despacho del inspector Dashiell, un hombre alto, delgado, de cincuenta años alrededor, y con expresión siempre preocupada. Se había sentado detrás de su mesa, y encendió un cigarrillo. Tomó una carpeta, la abrió y dejó los papeles a la vista.

Monahan le contemplaba en silencio, esperando la reacción de su superior. El inspector Dashiell había tomado la nota que dos días antes entregó en la Delegación un tipo llamado Kyser, con una extraña explicación. Pero como el contenido de la nota era claro, explícito, no había por qué darle vueltas al asunto. La nota decía:

«Buque sueco “Bolja” partirá puerto Estocolmo con cargamento de armas procedentes de Checoslovaquia, de la fábrica de armas comunista “Skoda”. El cargamento consta de dos millares de piezas, entre armas cortas y piezas ligeras de artillería, con la munición correspondiente. El punto de destino no está definido, pero se supone que el buque arribará a una isla o islote del Caribe. En definitiva, el punto final de

destino es desconocido. Seguirán más noticias. J. J.».

—¿Averiguó quién es J. J.? —inquirió Monahan.

El inspector asintió con la cabeza. Cansadamente, dijo:

—Sí, un agente de la C.I.A., destacado en Viena.

Dick soltó un suave silbido.

—Vaya... ¿Y bien? ¿Hay más noticias?

—Las hay. Le han encontrado muerto. En Viena, desde luego.

Monahan cerró los ojos un instante. Dijo:

—También un agente del F.B.I., ha sido hallado muerto en un punto del Caribe, concretamente Saint George, la capital de Granada, una de las islas Barlovento. No quiero pensar que todo esté relacionado, señor. Un agente de la C.I.A., asesinado en Viena, un hombre del F.B.I., asesinado en Saint George, en el Caribe; un sargento de Infantería de Marina y su hija asesinados en Nueva York... Y dos suboficiales desaparecidos... ¿No es demasiado?

—Sí, Dick, demasiado. Pero parece que algo es claro: la clave está en Nueva York. El tal Kyster, el hombre que nos trajo la nota del agente de la C.I.A., asegura que se la dio una hermosa mujer. La describió con cierta amplitud de datos, pero morenas hermosas con grandes ojos negros hay muchas en Nueva York. Deberíamos encontrar a esa mujer, Dick. En todo caso, siendo amiga, no comprendo por qué se oculta, y por qué esa nota no ha llegado antes a nuestras manos.

—Se supone que estuvo en Viena.

—Sí, claro, pero ¿a qué conduce saber eso?

—A nada... Fue en el «Club 22», ¿no?

—Sí. Pero imagino que si pretende ocultar su identidad no va a resultar fácil dar con ella. Por el momento, vamos a olvidar a esa mujer. Tratemos de ligar los demás datos: tenemos un cargamento de armas; agrega Caribe y oficiales o exoficiales de la Infantería de Marina de Estados Unidos. ¿Qué te parece el cóctel?

—Yo no alargaría la mano para tomarlo.

—Eso es. Y agitarlo es, asimismo, muy peligroso.

—¿Entonces? —inquirió Dick.

El inspector aplastó la colilla en el cenicero. Y dijo:

—Vamos a prescindir de todo, excepto lo relativo al asesinato de Marjorie Negin. Tenemos algo material con qué ocuparnos: un par de balas, remitidas ya a nuestro laboratorio. Veremos qué ocurre.

Por otra parte, cabe pensar que, efectivamente, la muchacha, quizá sin darse cuenta, estaba muy cerca de la verdad. Se trata, pues, de examinar las relaciones de los Negin. Oye..., según tu informe, la chica parecía un tanto... alocada...

—No es eso, exactamente. Era... joven, apasionada...

—De acuerdo, de acuerdo... Puede haber un hombre.

—Puede, claro está.

—La mataron entre la una y las dos de la tarde. Es decir, después del almuerzo. Siendo tan reciente, es posible reconstruir los últimos momentos de su vida. Cualquiera puede informar con respecto a las costumbres de la muchacha, Dick.

—Parece fácil —murmuró Monahan.

—Nada hay de fácil en nuestra labor, Dick. Pero para eso estamos, ¿no?

—Por supuesto.

—Entonces, a trabajar. Iremos por partes. Primero, lo relativo a Marjorie Negin. Luego, trataremos de localizar a esa mujer morena. O se pueden simultanear ambas cosas. Y ya a la desesperada, y teniendo en cuenta que lo mismo el exsargento Negin que los otros trabajaban en los muelles, habrá que buscar allí. Hasta el momento, se me escapa el alcance del asunto, pero... ¿para qué insistir? Armas, exoficiales americanos... y Caribe.

—Olvida los asesinatos, señor.

—No olvido nada, Dick.

Dick Monahan se incorporó.

Puso las manos en el borde de la mesa, y se miró las uñas. Murmuró:

—Hasta ahora hemos pensado que los otros tres hombres desaparecidos han podido también ser asesinados, señor. ¿No?

—Era una teoría como otra.

—Así es, pero... Empiezo a creer que esos hombres viven. Vaughan, Devine y Nimmo. Y también empiezo a creer que es inútil buscarles en Nueva York.

El inspector Dashiell estaba un poco pálido.

—Vamos a dejar eso por ahora, Dick. No me gusta lo que insinúas.

—Pero tampoco podemos ignorarlo tranquilamente.

—No, no... Pero, repito: vayamos por partes. Convengamos en

que habremos adelantado mucho camino si descubrimos al asesino de Marjorie Negin, ¿no?

—Por supuesto.

—Pues no pierdas el tiempo, Dick. Yo cuidaré de que alguien se ocupe de vigilar el «Club 22». Confío en que esa mujer morena siga siendo una aliada. Por algo estará en Nueva York, ¿no crees?

Lógico. No se habló más.

III

DICK Monahan se había apeado del coche oficial en Pike Street, en la confluencia con la salida de Manhattan Bridge. Se veían las luces del puente, colgadas en la oscuridad. Muchos coches transitaban, ambientando la noche con sus rumores, sus luces. Ni la niebla impedía que, aun a distancia, pudieran leerse los luminosos. Triunfaba el colorido.

El hombre del F.B.I., caminó cosa de cincuenta yardas. Echó un vistazo al «Pavonia Club» y se introdujo en él.

Había mucha gente en torno a la barra circular. Las sonrisas de las camareras eran un poco cansadas. Día tras día, hora tras hora... Era para asquearse del aquel ambiente cargado, de las miradas de aquellos tipos, de sus invitaciones y de lo demás. Claro que, de cuando en cuando, se dejaba ver por el club alguien como Dick Monahan, y la cosa se animaba un tanto.

La pelirroja que adelantó el busto hacia Dick y quedó apoyada en la barra, sonreía con los ojos chispeantes.

—Hola, guapo —dijo—. ¿Un «Martel»?

Picaba alto la chica. Y Dick sonrió. Dijo:

—Aún no.

—Cuando se reanude el espectáculo será más caro.

—El caso es que no pienso entretenerme demasiado.

—Oh... ¿Entonces?

—Busco a un tipo.

La pelirroja se irguió. Dirigió una mirada despectiva a Dick, y dijo:

—No conozco a nadie.

—Quizá sí a Lester Blattner.

—Ése..., ese estúpido granuja...

—Bien...

—Debe estar arriba —dijo la chica.

—¿Solo?

—Nunca está solo.

—Ya... Alguna chica, claro.

—O amigotes.

—Comprendo. Gracias.

Dick Monahan se volvió, y oyó:

—Eh, guapo.

Giró, con media sonrisa.

La pelirroja dijo:

—Debe estar borracho. Yo no perdería el tiempo con él.

Y se acercó un poco a la luz azulina de aquel momento, que salía, indirecta, de la barra. Sí: bonita figura. Con aquel pantaloncito pegado a sus caderas la cosa resultaba aún más atractiva. Pero... la pelirroja dejó de sonreír, se encogió de hombros y olvidó a Dick antes de que éste llegara a la escalera que conducía a la sala del piso superior.

Y un minuto más tarde, Dick Monahan estudiaba el ambiente de la sala reservada. Bien... Uno, a los treinta años, no suele escandalizarse. Además, es inútil. Los jóvenes no hacen caso. Y no se puede por menos que perder el tiempo a veces, reflexionando sobre lo que aquella gente consideraba como bueno o malo, moral o inmoral.

Bailaban. Una chica lo hacía por su cuenta, con un barril de *whisky* en el estómago, con la piel brillante de sudor. Y se veía casi toda su piel... Se bebía; hasta reventar si era preciso. O hasta rodar debajo de aquellas mesitas bajas, con lámparas apagadas. Y además de bailar y beber, los aprovechados sabían cómo gastar su tiempo.

Los había más moderados, claro.

Entre ellos, Lester Blattner. Aún no se tambaleaba. Y debía ser molesto bailar con la pareja encima de uno, dificultando cualquier movimiento. Además, ciertamente, Lester Blattner era un tipo atractivo y elegante. Rubio, esbelto, con ojos azules soñadores... Debía costarle cierto trabajo quitarse de encima a las mujeres.

Dick encendió un cigarrillo y esperó. Se dedicó a observar a Lester Blattner. Había sido fácil, ya en las investigaciones preliminares, averiguar que Lester y Marjorie habían sido novios.

De modo que tampoco era difícil averiguar que Marjorie había frecuentado el «Pavonia». Y, como las otras, debía haber vivido lo suyo.

Cesó la música.

Lester se desembarazó de su chica de turno y se dirigió hacia la mesa, con ella detrás, tambaleante. Lester se sentó. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. Luego, vio a Dick Monahan.

—¿Lester Blattner? —inquirió Dick.

—Sí...

—Monahan, del F.B.I.

Pareció sorprendido.

—Bien...

—Se trata de Marjorie. Ha sido asesinada.

El tipo empezaba a incorporarse, con gesto de asombro, pero Dick le puso una mano en un hombro y le sentó de nuevo. A su vez, lo hizo frente a aquel hombre, mirándole rectamente.

—Asesinada... Pero...

—Eso es. Parece ser que Marjorie y usted almorzaban juntos últimamente.

—Sí, sí... Así es, señor Monahan. Desde hace cosa de un mes... Pero yo no podía sospechar...

—Explíqueme lo ocurrido hoy.

—Claro que sí. Almorzamos y yo regresé a la oficina. Yo... tengo un empleo, ¿comprende? Soy un hombre decente, aunque usted pueda pensar lo contrario por lo que ve aquí. Aquí conocí a Marjorie, ¿sabe? Y para nosotros ya no contaba el ambiente que nos rodea. Yo confiaba en que algún día Marjorie me pediría cambiar de aires, de ambiente... Yo no sé cómo llegué aquí, ésa es la verdad. Hicimos una fiesta, nos animamos a salir y conocí a Marjorie. Ya no he dejado de venir.

—Una de las camareras no parece tener muy buena opinión de usted, Blattner.

Hizo un gesto de impotencia.

—Espero que usted no crea que soy culpable de todo lo que me ocurre con chicas como... como Mina. Me refiero a la pelirroja.

—Dejemos eso —gruñó Dick, quien aún estaba desconcertado con respecto a la verdadera personalidad de aquel hombre, que debía contar unos veintiocho años—. Han asesinado a Marjorie y,

anteriormente, hace unos días, a su padre. ¿Puede decirme algo?

—Lo siento... ¿Qué puedo yo saber?

—Blattner, usted vio a Marjorie media hora antes de que fuese asesinada. ¿No observó nada extraño?

—En absoluto. ¿Usted ha conocido a Marjorie?

—La he visto una vez.

—Pues bien: siempre era la misma, ¿comprende? Nunca tenía la necesidad de sentirse triste, o reflexionar. Ella solo..., sólo quería vivir, ¿se da cuenta? Y hoy, concretamente, fue como de costumbre. No observé nada anormal. Yo... no sabía nada... La estaba esperando.

—¿Usted conocía al padre de Marjorie?

—Sí, sí... Nos vimos varias veces. Yo procuraba dar a mis relaciones con Marjorie la máxima formalidad.

—¿Tampoco se confió a usted?

—En nada... Sinceramente, estoy seguro de que yo no le caía muy bien a míster Negin. De todos modos, jamás discutimos... La realidad es que nos ignoraba a Marjorie y a mí. Confieso también que no observé nada extraño en míster Negin. Oiga..., ¿qué ocurre con los Negin?

—No lo sé. ¿Es todo, Blattner?

—Sí...

—¿Conocía a los amigos de Alan Negin?

—No.

—Está bien, Blattner. Siga divirtiéndose.

—Oh... Ya no podría... ¿Sabe?, yo estaba enamorado de Marjorie... Era buena chica, aunque su vitalidad era excesiva. Me hubiera casado con ella.

—Ya... Lo siento, Blattner.

Dick Monahan dejó a Blattner con la cabeza baja y jugueteando con el vaso de *whisky*.

Poco después, Monahan estaba abajo.

—¡Eh, guapo!

Miró a Mina.

—¿Estaba borracho? —inquirió la pelirroja.

—No.

—Vaya... El muy canalla...

—¿Qué ocurre con él, Mina?

—¿Quiere que se lo explique con toda clase de detalles? —
inquirió, mordaz, la pelirroja.

—No es necesario —gruñó Dick.

—Pues ya lo sabe. Ese tipo le ha tomado el pelo a Mina, y sepa usted que no es fácil. Se las da de decente porque trabaja en unas oficinuchas de no sé qué, pero yo le conozco; es un granuja, un cínico. Sé lo que digo, guapo. Mina conoce a los hombres, y ese Lester tiene una cándida mirada azul que engaña a cualquiera. Una le toma por un muchacho soñador, tranquilo, incapaz de una sucia jugada, pero... Yo sé quién es. Y no me fiaría otra vez de él.

Dick la escuchaba, pensativo. Mina no estaba dejando en muy buen lugar a Blattner, y la pelirroja parecía tener la suficiente experiencia como para acertar plenamente catalogando a un tipo.

Y teniendo en cuenta que Blattner se había mostrado muy manso, podía ser que estuviera fingiendo. Pero... ¿por qué diablos iba Blattner a matar a Marjorie?

—Ni me escucha, guapo. Váyase al diablo.

Y Mina le volvió la espalda al agente especial.

Poco después, Dick estaba en el coche oficial.

Allí estaba Don Cochran, fumando un cigarrillo. Observó a Dick unos instantes, en silencio. Por fin, gruñó:

—Bueno, desembucha de una vez.

—No hay nada que decir por ahora, Cochran.

—¿No estaba?

—Sí. Pero es difícil precisar su personalidad, si bien empiezo a tener una vaga idea. Habrá que precisar exactamente quién es Lester Blattner. Información a fondo. No cuesta nada tampoco echar un vistazo a los archivos, Cochran.

—O.K. Por algo se empieza, ¿no? Tenemos entre manos un endiablado asunto.

—Sí... Atiende la llamada.

Había zumbado el avisador de la radio del coche. Cochran se hizo cargo de la llamada.

—¿Qué hay?

—¿Está ahí Dick?

—Sí. Eh, Dick.

Dick inquirió:

—¿Algo nuevo, Dade?

—Y muy interesante, Dick. Se trata de la morena. Cierto que me arriesgo a meter la pata, pero yo no perdería de vista a una impresionante mujer que se ha colado en el «Club 22». ¿Qué hago si sale, Dick?

—Voy para allá, Dade.

La espera empezaba a pesar en los dos agentes del F.B.I., que estaban en el coche, fumando, sin quitar ojo de la puerta del «Club 22». Salía y entraba gente, pero la morena no daba señales de vida. No obstante, había que recurrir al límite de paciencia. Si se equivocaban con aquella mujer, mala suerte. Si era la que interesaba, el esfuerzo valía la pena.

Dade arrojó la colilla por la ventanilla y gruñó:

—¿Ah?, está, Dick. Entró sola... y ya ves. ¿Qué opinas?

Dick miraba atentamente a la pareja que acababa de salir del club. Lo cierto era que el tipo desentonaba junto a aquella mujer, pese a lo cual ambos caminaban muy juntos, alejándose hacia la esquina.

—Pon el coche en marcha, vamos —gruñó Dick Monahan.

El vehículo empezó a deslizarse lentamente detrás de la pareja. Y Dade, con el ceño fruncido, gruñó:

—Eh, ¿qué hacen ahora? Parece que van a separarse, Dick.

—Sí... Sigue al tipo, Dade. Yo me ocupo de ella. No frenes.

Dada la escasa velocidad del coche, Dick saltó fácilmente a la calzada, e inmediatamente se ocultó en un portal. Observó a la pareja, comprobando la animación con que hablaba aquella mujer. Luego, el tipo quedaba solo en mitad de la acera, como desolado.

Dick Monahan empezó a sonreír. Uno podía imaginar lo que le diera la gana, y hasta hacerse ilusiones. De todos modos, había cierta base. Ya se vería.

Caminó detrás de ella.

La mujer se volvió varias veces, pero no iba a sorprender a Dick Monahan. Y el hecho de que la mujer demostrara temor a ser seguida podía ser significativo, Y poco después, en la conjunción de las calles Delancey y Broome, la joven se metía en el portal de una casa de apartamentos de alquiler.

Tras una ligera vacilación, Dick Monahan resolvió esperar unos minutos. Había que tener la plena seguridad de que aquella mujer vivía allí. Y Dick caminó hacia la esquina, anulando la probabilidad

de ser visto desde alguna ventana del edificio.

Broome Street estaba poco transitada, y en sus húmedas y estrechas aceras brillaban algunos neones.

Por eso, el coche que penetró a marcha lenta en aquel tramo de Broome centró la atención de Dick.

Y el coche se detuvo a escasa distancia del portal en el cual había penetrado aquella mujer. Por fin, dos tipos se apeaban del coche, dirigiéndose hacia aquel portal.

Dick les examinó atentamente. Eran dos hombres bastante jóvenes, correctamente vestidos. Podía ser casual, pero...

El brazo izquierdo de Dick se pegó al costado, notando el bulto de su *Parabellum*.

En cuanto los dos hombres se perdieron en el interior del edificio, Dick echó a andar. Echó un vistazo al coche, grabando la matrícula en su cerebro. Era un «Dodge» del 63, de carrocería negra, brillante. Por menos de eso se ha atrapado a un asesino. Luego, Dick se metió a su vez en el portal y esperó.

Lo que menos parecía sentir aquella hermosa mujer era miedo. Su rostro permanecía sereno; sus negras pupilas expresaban inteligencia, decisión. Parecía no importarle en absoluto la presencia de aquellos dos hombres en su cuarto.

Habían llegado cuando la joven estaba semidesnuda, y la estaban obligando a vestirse, lo cual ella hacía tranquilamente. Se había puesto de nuevo la falda de tubo, negra, y el jersey celeste. Como si tuviera que salir de fiesta, se miró al espejo, y se retocó algo el maquillaje de los labios, un «rouge» muy claro.

Por fin tomó su bolso.

—Cuando quieran —dijo—. Aunque confieso que me gustaría saber de qué se trata.

—Hablar ahora es perder el tiempo, Joan Jordan —dijo uno de aquellos hombres—. Usted debería comprender que hemos averiguado de usted lo suficiente. Vamos.

Joan miró a los dos hombres.

Eran americanos, desde luego. Jóvenes y ambiciosos. Uno de ellos, pelirrojo, tenía un duro gesto en sus delgados labios. El otro, con el cabello de un rubio claro, parecía más inteligente.

—¿Tienen ramificaciones en Viena? —inquirió Joan.

El más inteligente sonrió con cierta ironía.

—¿Ramificaciones de qué? —inquirió a su vez.

Joan apretó un poco los labios.

—Está bien. Creo que poco importa ya.

—Eso es, señorita Jordan. No importa nada.

—¿Puedo saber dónde me llevan?

—Tampoco importa eso. Pero no se haga ilusiones. Usted es agente de la C.I.A. Comprenda cuál ha de ser nuestro trato hacia usted. Y es muy lamentable, de veras.

—Yo no soy agente de la C.I.A.—dijo Joan.

—¿No?

—Se equivocan conmigo.

—Tal vez.

El tipo tomó a Joan por un brazo y la empujó sin brusquedades hacia el pasillo que conducía al recibidor. No había por qué mostrarse brutales... aún. Por lo demás, todo dependía de Joan Jordan. Lo que se puede solucionar por medios sencillos es estúpido complicarlo.

Joan echó a andar.

Al llegar frente a la puerta abrió el bolso, dispuesta a sacar la llave para cerrar el apartamento.

Salió mal. Ya casi tocaba la pistola, cuando cinco duros dedos dejaron una visible huella rojiza en su mejilla. Había restallado la bofetada, y Joan fue impulsada contra una pequeña consola.

Los dos hombres la miraban duramente. Y el rubio, el más listo, dijo:

—Lamento haber tenido que hacerlo.

Luego, de un tirón, arrebató a Joan el bolso, y se apoderó de la pistola de la joven, del «22». La guardó en un bolsillo, y devolvió el bolso a Joan. Ésta, en silencio, tomó la llave, abrió la puerta y poco después los tres bajaban silenciosamente.

Joan se mordía el labio inferior. Bien... ¿Habría que resignarse? Ya se sabe: alguna vez se ha de perder. Pero en aquellos asuntos la palabra «perder» significaba demasiado. Uno se juega la vida. De todos modos, nada estaba decidido aún.

Por otra parte, el F.B.I., la buscaría... ¡Qué tontería! La buscarían, claro, pero lo más probable era que sólo encontraran un cadáver.

Mala suerte.

IV

—¡**Q**UIETOS! ¡Péguense a la pared!

La orden había brotado de la oscuridad del portal. Por unos Instantes, los dos hombres y Joan quedaron Inmóviles, tensos, en espera de la siguiente reacción de Dick Monahan. Éste avanzó hacia ellos y gruñó:

—Usted apártese, señorita.

Joan retrocedió unos pasos. Vio la espalda de Dick y también vislumbró el rapidísimo movimiento del pelirrojo, cuyo codo acababa de desviar la *Parabellum* del federal. Seguidamente resonó un golpe en el estómago de Dick, y éste se inclinó ligeramente, para recibir un duro golpe en un pómulo, que le hizo retroceder unos pasos. La *Parabellum* cayó al suelo, y los dos tipos a un tiempo se abalanzaron contra Dick.

El agente del F.B.I., comprendió que su reacción debía ser fulminante.

Lo fue.

Primero, atrapó al pelirrojo con un mal intencionado puntapié. La escalera devolvió el eco del grito del tipo, cuyo rostro, en la penumbra, parecía un espectro en aquellos momentos. Y a continuación, Dick le pegó un trallazo impresionante al rubio en el plexo solar.

No obstante, cuando Dick trató de recuperar su pistola, una suela le pisaba la mano, y una rodilla le pegaba en la boca. Quedó sentado en tierra, aún con la mano alargada. Luego, alguien le agarraba por los cabellos, tirando con violencia hacia atrás, de modo que quedó en una postura francamente peligrosa. Le arrastraron tirándole de los cabellos, y el pelirrojo, pálido de ira, saltó con los pies por delante contra Dick.

Su salto fue realmente grotesco.

Y el fogonazo había sido de un morado lívido, que proporcionó una débil e inquietante claridad al portal. El pelirrojo, alcanzado en un costado, había descrito un extraño giro en el aire, y cayó a tierra cuando Joan, con la *Parabellum* del federal en la mano disparaba de nuevo contra él. Falló la bala y el pelirrojo, con un sordo rugido, se abalanzó contra las piernas de la joven, y ambos rodaron por el suelo.

Dick, impotente, decidió soportar el dolor que le produciría dejar un mechón de cabellos entre los dedos del que le tenía sujeto con la izquierda, y estaba empuñando la pistola con la derecha.

El hombre del F.B.I., se echó hacia adelante.

Los ojos llenos de lágrimas, y un insoportable dolor de cabeza. Se revolvió fieramente y atrapó la muñeca del tipo, apretándola contra la pared. A continuación le asestó un rodillazo en el bajo vientre, y el otro empezó a ceder.

Por su parte, Joan tenía de nuevo la pistola en la mano, y disparaba dos veces contra el pelirrojo, a menos de diez pulgadas de distancia. El tipo acusó los impactos, y su boca se retorció angustiosamente. El pecho empezó a llenarse de sangre, y bastó un sencillo empujón por parte de Joan para que el tipo se desplomase de espaldas, quedando completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Luego, Joan, tranquilamente, con una sangre fría que erizó el vello de Dick, dejó la *Parabellum* de éste en el suelo, le sonrió, y salió del edificio taconeando rápidamente.

—¡Espere! —aulló Dick.

Hizo mal en descuidar al rubio.

Éste tenía un recurso: escupió a los ojos de Dick, y luego, en un rápido movimiento, ascendió ambos brazos, librándose de las manos del federal. Luego, le pegó en el estómago y en la boca. Un nuevo puñetazo hizo retroceder varios pasos a Dick hacia el interior del portal.

Cuando quiso reaccionar, el tipo ya había saltado a la calle, manteniéndole a raya con varios disparos efectuados con silenciador.

Dick comprendió inmediatamente que aquella muchacha era vital. Lo era tanto para el F.B.I., como para el enemigo. Pero ¿por

qué diablos se ocultaba y huía del F.B.I.?

Dick soltó un par de maldiciones escogidas y, pegado a la pared, notando que le latía fuertemente la cabeza, avanzó hacia la salida. Estaba acorralado allí. Podía ser que aquel hombre tratara de encontrar a la morena, pero podía ocurrir que estuviese a la espera de la aparición del agente especial.

Había, pues, que tomar precauciones.

Y, por fin, Dick pudo empuñar su *Parabellum*.

Cuando salió a la calle, no vio absolutamente nada. Sólo algunos curiosos, no demasiado cerca de allí.

El coche seguía en su sitio.

Dick se alisó los cabellos con una mano y enfundó la pistola. Echó un vistazo al cuadro. Un muerto, un coche abandonado, una mujer que huía y un tipo que, sin discusión, concedía mucha más importancia a aquella mujer que a un agente del F.B.I.

Bien... Habría trabajo aquella noche.

El silencio pesaba en el despacho del inspector Dashiell. Había varios papeles sobre la mesa, y expedientes de archivo. Estaban allí el inspector, Monahan, Dade y Cochran. Todos en mangas de camisa, fumando.

—El muerto se llamaba Walter Trotter —dijo el inspector—. No tenemos gran cosa en el archivo, pero sí sabemos que en su época de estudiante Trotter había coqueteado con el partido comunista. De por sí, el dato no puede ser más significativo, teniendo en cuenta además lo que hemos averiguado de Lester Blattner. Éste también fue afiliado del partido si bien consta en el expediente que un día se presentó llorando en la Delegación de Boston, expresando su decepción y poniéndose a disposición de las autoridades. De todos modos, pudo ser un ardid.

—Blattner no me parece capaz de grandes cosas —gruñó Dick.

—Es posible que no tenga nada que ver con todo esto. Pero estaba relacionado con los Negin, los cuales han sido asesinados. No podemos pasar por alto a ese hombre, Dick. Lo cierto es que hemos averiguado que jamás ha cometido un delito común, que su comportamiento es todo lo correcto que pueda imaginarse en un hombre soltero, y que es secretario de una agencia de viajes. Tenemos, pues, que hay que vigilarle con precaución.

—¿Y de ese Trotter? —inquirió Dale.

El inspector se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer? Supongo que nadie va a cometer el error de preocuparse de él.

—Está bien... Ahora, relacionemos todo esto con la nueva nota de la morena.

Dick sonrió levemente. Cuando envió a Dade detrás del hombre que había salido del «Club 22» acompañando a aquella mujer, estaba casi seguro de que ella se las arreglaba de aquella discretísima forma para hacer llegar sus informes al F.B.I. Efectivamente, el hombre llegó muy atribulado a la Delegación del F.B.I., entregando la nota correspondiente.

Muy astuta la bella dama, sí. Y escurridiza.

Lo nota decía:

«Ampliando mi informe anterior, comunico que destino armas es uno de los Granadinos, islotes anexos a la isla de Granada, en el Caribe. Es fácil imaginar que de allí serán trasladadas a Santo Domingo. Es la mejor explicación para ese envío clandestino de armas. Por otra parte, es cuestión de ir adivinando que existe un complot comunista, cuyo alcance es posible que pueda comunicar en breve. J. J.».

Dick Monahan apretó los labios.

Inquirió:

—¿Sabe algo de Conger, señor?

—No. Sigue en los muelles, atento. De todos modos, es difícil averiguar algo allí, tratándose, además, de una operación secreta. En mi opinión sólo podemos hacer dos cosas: vigilar a Lester Blattner y tratar de localizar a la nueva J.

J. Ev

identemente esa mujer está continuando la labor del agente de la C.I.A., asesinado en Viena. Lo que me pregunto es por qué no se identifica de una vez y colabora abiertamente con nosotros. En todo caso, habrá que pedir a la C.I.A., algunas aclaraciones, teniendo en cuenta que por estar en territorio nacional, la seguridad de éste compete al F.B.I.

—Por supuesto —gruñó Dick—. Y «J. J.» está demostrando que

sabe dónde meterse para obtener información. Me pregunto si ella está al corriente de lo ocurrido con los Negin y la desaparición de un oficial y dos suboficiales de Infantería de Marina.

—Tendría que decirlo ella —rezongó el inspector—. De todos modos empiezo a hacerme la ilusión de que a medida que avancemos en el esclarecimiento de ese envío de armas, avanzaremos también en la resolución de esas desapariciones y asesinatos.

—Ojalá —dijo Dick.

—De acuerdo. Dick, te ocuparás de Lester Blattner. Puesto que Dade y Cochran también han visto a la morena, harán averiguaciones. Si de la C.I.A. recibimos algo positivo, espero que nuestra labor sea mucho más fácil, por lo que se refiere a localizar a «J. J.».

Nada más.

Media hora más tarde, Dick estaba en su apartamento, situado en Stuyvesant Square, una plaza modesta, con jardín en el centro y árboles en las aceras.

Se quitó la chaqueta, dirigiéndose al lavabo.

Se miró al espejo, frunció el ceño. Tenía un pómulo algo hinchado y un corte en el labio inferior. Recordó el rostro del tipo rubio. Bien... El tipo, si había un próximo encuentro, saldría peor parado que con un par de rasguños.

Después de arreglarse un poco, Dick encendió un cigarrillo y se dirigió a su cuarto.

En aquel instante sonó el teléfono.

Dick dio unas zancadas y tomó el aparato.

—Habla Monahan —dijo.

Silencio.

—¡Hola! —Gruñó.

—Señor Monahan...

Desconocía la voz. Era seguro. Tal vez la disimulaban.

—¿Quién es? —inquirió.

—Lester Blattner.

—Vaya... De acuerdo, Blattner. Diga lo que sea.

—Bien..., no por teléfono.

—¿Dónde está?

—En mi apartamento. Seiscientos de Mercer Street, junto a la

calle Ocho.

—¿Me espera?

—Por supuesto, señor Monahan.

Dick achicó ligeramente los ojos. Inquirió:

—¿Teme algo, Blattner? Sea sincero, es importante.

—Tengo miedo, desde luego. No se retrase.

Y Blattner colgó.

Monahan no perdió el tiempo. Pensó que encontraría un momento en el propio apartamento de Blattner para comunicar con el inspector Dashiell. De modo que se puso de nuevo la chaqueta, bajó a la calle y cinco minutos más tarde estaba en un taxi, fumando nerviosamente.

V

LESTER Blattner no volvería a tomar el pelo a chicas como Mina. Ni de ninguna otra clase. Ni volvería a amar, ni a sufrir. Nada. Lester Blattner estaba en su apartamento, sí.

Colgado. Ahorcado.

Rígido, con los soñadores ojos azules helados, espantosamente abiertos y fijos en el vacío. Una corriente de aire que penetró por la ventana hizo oscilar el cadáver.

Lester Blattner estaba en mangas de camisa y se apreciaba que había sido un tipo bien formado, musculoso. En su rostro tenía unas huellas casi inapreciables, que lo mismo podían proceder de la irritación producida en el cutis por la afeitadora eléctrica que por una bofetada.

Y allí, sobre una mesita, estaba el sobre. Monahan lo tomó y extrajo una nota.

«No puedo soportar más. Yo maté a Marjorie Negin, por celos. A ella no le importaba mi locura cuando sonreía a cualquiera. Quizá no tenía toda la culpa; quizá se debía a su fuerte vitalidad, a sus ansias de vivir. Me cegué. Los remordimientos, y el hecho de haberla perdido para siempre, me han empujado a esto».

Dick guardó tranquilamente la nota. Los peritos calígrafos se encargarían de demostrar si estaba escrita realmente por Blattner. Porque es muy extraño que un tipo dispuesto al suicidio se afeite y se ponga loción, y llame a un agente del F.B.I., comunicándole que tiene miedo. Por otra parte, cuando Dick le comunicó la noticia de la muerte de Marjone, el tipo, si bien se mostró algo afectado, no

parecía en absoluto tan desesperado como decía la nota.

Lo que parecía claro, por tanto, era que habían eliminado a Blattner. ¿Por qué? Ya se sabría. Y quien lo había hecho trató de desviar la investigación del F.B.I., pero de un modo estúpido, absurdo.

Pensativo, se dirigió hacia el teléfono y disco el número de la Delegación.

—F.B.I., al habla.

—Soy yo, Dade —gruñó Monahan.

—¿Algo nuevo?

Dick miró el cadáver.

—Así es —gruñó—. Han ahorcado a Blattner.

Se oyó un silbido.

—¿Dónde estás, Dick?

—En el apartamento de Blattner. Seiscientos de Mercer Street. Que venga una ambulancia y alguien de huellas.

—O. K.

Dick colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Se sentó en un sillón, de espaldas al cadáver; no era una visión en absoluto agradable. Y lo malo era que allí sólo se podía ir adivinando. Nada seguro, nada concreto, a excepción de unos asesinatos, tres desapariciones, y un envío de armas... a Santo Domingo según «J. J.». Realmente, no había por qué menospreciar la opinión de aquella mujer, y...

El teléfono.

¿Qué querría Dade?

Lo descolgó y dijo:

—¿Qué ocurre, Dade?

—Señor Monahan.

Dick quedó petrificado.

Voz de mujer. Ella: «J. J.». ¿Quién, si no?

—El mismo —murmuró—. ¿Quién es usted?

—Quiero agradecerle, ante todo, el favor que me ha hecho esta noche...

—¿Cómo sabía que estoy aquí? —atajó Dick.

Se oyó una risa breve, agradable, algo irónica.

—Quizá porque yo también he estado, señor Monahan.

—¿Y cómo me conoce?

—Oh... Permítame mantener los secretos profesionales.

—¿Tampoco puedo saber su identidad?

—Imagino que interesa más la de los autores de la ejecución de ese infeliz.

—¿Les... conoce?

—A uno de ellos. El que quedó con vida después de la lucha.

—¿Dónde está usted? —suspiró Dick.

—Lo siento. Límitese a escuchar, señor Monahan. Ese hombre se llama Roy Raysdale, y hace poco efectuó un viaje a Europa, en avión. Estuvo en Viena y en Estocolmo. ¿Imagina para qué?

—Las armas.

—Exactamente. Realizó la operación y pagó a la fábrica «Skoda» con dinero norteamericano. Luego, regresó a Estados Unidos...

—Olvida decir algo relativo al agente de la C.I.A., asesinado en Viena —atajó Dick.

Hubo un ligero silencio.

—Es sencillo —sonó la voz de Joan Jordan, un tanto seca—. Le mataron cuando descubrió a Raysdale. No obstante, yo pude recoger la información.

—¿Y cuál es su cometido real? Sepa una cosa: en el territorio nacional este asunto es del F.B.I. Usted está colaborando, ciertamente, pero imagino que oculta algo. No debe dejarnos a expensas de sus informes, y debe procurar, además, realizarlos lo más completos posibles. De todos modos, lo mejor sería que se presentara aquí inmediatamente. No sé si habrá observado que esto no es un juego divertido, señorita espía. Sepa que aparte del asesinato de Viena, también ha caído un hombre del F.B.I., en el Caribe, y tres asesinatos en Nueva York, aparte de tres desapariciones de hombres que habían pertenecido a la Infantería de Marina. ¿Sabía esto?

—No...—la voz sonó como un susurro.

—¿Y bien? ¿Qué opina ahora?

Silencio.

—Vamos, diga algo —gruñó Dick.

—Lo siento —fue la respuesta de Joan—. De todos modos, volveré a comunicar con usted. Estoy a punto de tocar el fondo del asunto.

—Eso tiene que hacerlo el F.B.I.—masculló Dick.

—Observe que no pretendo hacer nada por mi cuenta. Lo único que he hecho hasta ahora ha sido ocultarme de «todos» para realizar mi labor con absoluta tranquilidad.

—¿Usted está vinculada a la C.I.A.?

—No responderé a eso —dijo Joan Jordan.

—Está bien... ¿Comprende que su actitud puede reportarle graves consecuencias?

—No les daré tiempo. Sepa una cosa, señor Monahan: espero conocer totalmente la verdad esta misma noche. Volveremos a hablar.

—Sea sensata, señorita. El F.B.I., puede...

—No se preocupe, señor Monahan. Y no se impaciente. Aguarde mis noticias.

—¿Aquí?

—No se preocupe. Sabré encontrarle.

Y Joan Jordan colgó.

Dick apretó rabiosamente el teléfono. Luego, colgó. Encendió un nuevo cigarrillo y empezó a pensar, tratando de penetrar en todo aquello, que se estaba manifestando como una operación comunista de bastante importancia y destinada a un punto del Caribe, que bien podía ser, efectivamente, Santo Domingo. ¿Cuándo los comunistas han dejado de aprovechar una oportunidad para sembrar la alarma, el desconcierto, la desconfianza, cuando Estados Unidos interviene fuera de sus fronteras?

Poco después, llegaba el inspector Dashiell, acompañado de Dade y Cochran, así como personal de servicios técnicos.

Durante un buen rato, los especialistas tomaron sus notas, después de una investigación a fondo.

Y se llevaron el desagradable cadáver.

Poco después, ya a solas con el inspector Dashiell, Dick habló de la llamada de Joan Jordan.

Dashiell comentó:

—Por lo menos, parece decidida a actuar más abiertamente. Esperemos que tenga suerte, Dick.

—Es cauta, astuta, pero...

—Comprendo. Asesinarla sería lo más sencillo del mundo.

Dick trató de recordar con claridad la figura de aquella mujer. Y luego, su sonrisa; aquella rápida sonrisa que le había dirigido. Pero

Dick desistió de ello; se sentía incapaz de aprehender aquel fantasma en su cerebro.

Un fantasma grato, no obstante.

VI

AQUELLA espera desquiciaba los nervios de Dick Monahan. Estaba en su apartamento, echando continuas miradas al mudo teléfono. Se sentía furioso, ciertamente. No estaba acostumbrado a depender de una mujer para llevar a cabo una misión. Había que reconocer, empero, que la única solución, por el momento, era aguardar noticias de aquella mujer.

Parpadeó, perplejo, cuando oyó el zumbador de la puerta.

Cuando abrió, aumentó su sorpresa.

Porque ella sonreír un tanto irónicamente, con sus negrísimas pupilas fijas en las de Monahan.

No se alteró cuando la mirada del hombre del F.B.I., recorrió, con cierta irritante lentitud, la figura de Joan Jordan. Pero ella seguía inmutable esperando. Y Dick Monahan empezaba a pensar muchas cosas extrañas. Por ejemplo, que los labios de Joan eran frescos y de un rosado tierno, juvenil. Y que rodear la cintura de Joan debía producir escalofríos de emoción. Y muchas más cosas, relacionadas con lo que el jersey celeste insinuaba perfectamente. Y más cosas aún.

—Adelante, señorita espía —gruñó, por fin, Dick.

—Parece muy sorprendido, señor Monahan.

—Estoy impresionado. Ésa es la verdad.

Fueron a la salita y Dick dijo:

—Siéntese.

Ella obedeció, y el hombre del F.B.I., ofreció cigarrillos. Encendieron sin prisas. Y Dick miró las rodillas de Joan, y lástima que no se podía ver más.

—Supongo que está dispuesta a hablar con toda claridad, y dejar este asunto en manos del F.B.I. —empezó Dick—. Quizá usted no se

ha dado cuenta exacta de lo que se exponía.

—No suelo ir a ciegas por el mundo, señor Monahan. Y sé muy bien lo que debo hacer y cuándo debo hacerlo. Y, en efecto, estoy dispuesta a dejar el asunto en sus manos.

Dick frunció ligeramente el ceño.

—Se ha vuelto usted muy razonable en poco tiempo —gruñó.

—Repito: sé lo que hago. Éste es el momento de hacerlo.

—De acuerdo. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

—Bien...

Dick se sentó junto a ella. La miró a los ojos.

—Empiece —dijo.

—Como usted ya sabe lo de Viena...

—Primero, su identidad —atajó Dick.

Ella sonrió.

—Me llamo Joan. Y era ayudante del agente de la C.I.A. Un ayudante un tanto irregular, señor Monahan, pero es indiscutible que mi labor se ha notado en los dos últimos años.

—¿Por qué?

Joan se humedeció los labios.

—Creí que iríamos al grano, señor Monahan. No tenemos por qué hablar de mí.

—Se equivoca, Joan. No quiero sorpresas.

Joan arqueó las cejas en una discreta señal de sorpresa.

—¿Desconfía de mí? —inquirió.

—Hasta de mí. Por favor, no perdamos tiempo.

—Está bien... Usted quiere saber por qué he colaborado yo con un agente de la C.I.A., y por qué se ha notado mi labor. Suponga usted que conoce a un agente acabado, acobardado, lleno de celos, situado en un punto tan peligroso como Viena. Suponga ahora que ese agente es su padre, y que usted trata de convencerle de que debe retirarse. No le convence. Y ese agente acabado que es su padre, se obceca. ¿Qué haría usted?

Dick tenía los ojos entornados. Miraba el rostro de Joan, grave en aquellos momentos.

—Comprendo —murmuró—. Usted, seguramente, ha conseguido que la C.I.A., mantuviese a su padre en Viena. Ha sido usted la que ha trabajado y se ha expuesto.

—Compartíamos los riesgos —musitó Joan—. Mi padre no siempre fue así, claro está. Pero sus nervios ya no resistían un estado de tensión. Por supuesto que a mi padre le horrorizó la idea de que yo pudiera caer en esa lucha sorda y sucia del espionaje, pero algunos de mis éxitos le animaron. Además, me necesitaba, ¿comprende? Yo estuve siempre junto a él.

—¿Usted descubrió lo de las armas?

—Fue mi padre. Tenía buen olfato.

—Ya... Dígame qué se proponía ocultándose a nosotros.

Joan permaneció callada casi treinta segundos, mirando la brasa del cigarrillo.

—¿También es necesario que le hable de eso? —inquirió, por fin.

—Sí.

—¿Sigue desconfiando?

—He conocido a algunos agentes dobles, Joan.

Ella sonrió débilmente.

—Está bien. Trataré de explicárselo. Una vez muerto mi padre, yo descubrí lo demás: a Raysdale y parte de sus planes. Seguí a Raysdale hasta Nueva York, y estaba trabajando lenta, y creo que eficazmente, hasta llegar a otras conclusiones. Sepa que me ha ayudado mucho al comunicarme lo ocurrido en Estados Unidos y en el Caribe, casi simultáneamente a lo que ocurría en Viena. Yo..., yo no quería que la C.I.A., conociera mi existencia, ¿comprende? Yo no quería que la C.I.A., supiera que durante los últimos dos años, yo he sido en realidad el agente «J. J.».

—¿Por qué, Joan? —inquirió, suavemente, Dick.

—No lo sé... Por la memoria de mi padre, claro está. Tal vez mi actuación hubiese repercutido en su desprestigio. Yo sé que fue un magnífico agente, señor Monahan.

—No lo dudo. Pero hay algo más, Joan.

—¿Algo más? No comprendo.

Monahan sonrió débilmente y dijo:

—A usted se le ha introducido algo en la sangre, ¿no, Joan?

—Oh... Lo adivinó, señor Monahan. En principio, sólo quería continuar la labor iniciada por mi padre en Viena, pero... luego pensé incluso en regresar a Viena, una vez todo concluido, y seguir como si no hubiera ocurrido nada. Claro que eso ya no es posible:

ya se conoce mi identidad. De todos modos, usted tiene razón: he sentido el deseo de la aventura.

—Peligroso —suspiró Dick Monahan.

Ella se encogió de hombros.

—Al menos, aquí estoy en terreno conocido —dijo—. En Viena he pasado mucho miedo en ciertas ocasiones. Y cuando se pasa miedo, luego una se vuelve cauta. Bien... Como le digo, ya no me es posible regresar a Viena y seguir con la clave «J. J.». Por tanto, he decidido dejar de ocultarme. ¿Qué le parece si hablamos ahora de lo nuestro?

—Pues muy bien, Joan.

—Empezaré por decirle que Raysdale está relacionado con «Lamport & Holt, International Lines». Una agencia de viajes internacionales. Como muchas otras, esa agencia organiza viajes turísticos en distintas rutas. Empiezo a preguntarme si sus últimos pasajes no son un tanto irregulares. Ahora, agregaré algo curioso: en esa agencia trabajaba Blattner.

Monahan asentía lentamente con la cabeza. Aquello era cierto. Lo había leído en el expediente de Blattner.

—De acuerdo, Joan. Creo que es suficiente.

—¿Piensa actuar esta noche?

—Debo hacerlo. Raysdale sabe que usted le ha descubierto, y eso puede intranquilizarle. Y desde el momento en que eliminaron a Blattner, es que tenían miedo de que el F.B.I., siguiera adelante con el tipo. Blattner, en mi opinión, era sólo un hombrecillo de paja en la organización. Todo esto ha podido crear un clima de inquietud, y no quiero exponerme a que huyan.

—Comprendo —murmuró Joan.

Dick se incorporó.

—Bien... ¿Puede decirme ahora cuáles son sus intenciones? —inquirió.

Joan no supo qué responder.

—La verdad: estoy asombrada. No sé lo que haré... Acabo de desplazarme de un mundillo que me había absorbido por completo en los dos últimos años... Y estoy sola.

—¿No cree, entonces, que es el momento de iniciar una vida normal? —Gruñó Dick.

Joan le miró rectamente a los ojos.

Era cierto que, como cualquier mujer, había pensado en aquello. No obstante, no se sentía con fuerzas para arrastrar una vida vulgar y estúpida, junto a un contable cegato o un funcionario amargado. Ella necesitaba algo más... Si al menos supiera a ciencia cierta qué era lo que necesitaba...

—¿No responde? —insistió Dick.

Joan aún le miraba a los ojos.

¿Valía la pena dar explicaciones a aquel hombre?

—Dígame, señor Monahan: ¿usted es de los que opinan que la vida de una mujer ha de ser forzosamente vulgar?

—A veces, es preferible. La aventura es peligrosa.

—Ya lo dijo. Suponga que por temperamento no puedo aceptar una existencia sosa y tranquila.

Dick sonrió, un tanto asombrado.

—Bueno... Imagino que usted desconoce cosas de esa vida vulgar que puedan hacerla muy amable e interesante.

—¿Se refiere al amor?

Dick se encogió de hombros.

—¿Lo ha probado? —inquirió.

—No. Lo único que he sentido intensamente hasta ahora ha sido miedo, algunas veces.

—Puede probar, entonces —gruñó Dick.

También Joan se incorporó. Quedó frente a Dick, y musitó:

—Tal vez pruebe, señor Monahan.

Dick sintió un ligero vacío en el estómago.

Ella seguía mirándole a los ojos, y lo cierto es que Joan era un espectáculo más impresionante cuanto más se la miraba. Una mujer entera, serena, hermosa, joven... Y sola, desplazada. Bueno..., también es verdad que Dick Monahan estaba igualmente en condiciones de empezar a probar.

Lentamente, alargó los brazos y rodeó la cintura de Joan.

No hubo resistencia.

Dick la atrajo hacia sí, lentamente.

Joan dijo:

—Me gustaría decidir yo el momento de probar, señor Monahan.

Dick frunció el ceño.

—Ya... ¿De qué temperamento me hablaba, Joan?

—¿Le parezco fría?

—Sólo calculadora.

Y la soltó.

Sin decir una palabra, Dick se dirigió hacia su cuarto. Se sentía furioso contra Joan y contra sí mismo. En realidad, había hecho el ridículo con aquella mujer. Que se fuera al diablo... Muy hermosa, sí, pero helada. O... ¿quizá no? Bueno, diablos, que uno nunca sabe cómo va a reaccionar una mujer.

Se puso la chaqueta, examinó su pistola y volvió a la sala.

Miró a Joan, que no se había movido.

Sí... Hermosa estatua...

—Señor Monahan —musitó Joan.

El la miró de soslayo.

—Bien... Quizá haya cometido un error —dijo Joan—. Quizá he perdido una gran oportunidad de probar algo.

Dick avanzó lentamente hacia ella. Y... Nada de estatua; nada de sangre helada... Todo era cálido, envolvente, de seda, de perfume... Especialmente, sus labios...

No hablaron durante mucho rato.

Joan Jordan se sentía extrañamente aprisionada. La habían besado algunos hombres, cierto; cosas de la profesión, eso sí. No obstante, jamás había encontrado una emoción en aquellos besos. Con Monahan era distinto. Notaba hervir la sangre de aquel hombre, pero de un modo distinto... Y por eso devolvió los besos; por eso rodeó el cuello del agente del F.B.I., con sus brazos y se apretó contra él, sintiendo un poco de miedo.

Monahan estaba adivinando casi todo lo que sentía Joan.

Y por eso sonreía levemente.

Y le gustaba mirar a Joan a los ojos; le gustaba el terciopelo de sus pupilas; la expresión entre angustiada y anhelante de la impresionante morena.

Lentamente, ella se soltó de Dick.

—¿No cree que el amor también puede ser muy peligroso, señor Monahan? —inquirió.

—Oh... Depende.

—¿De qué?

—Bueno... No estoy muy seguro, Joan, pero... ¿verdad que también puede ser algo muy hermoso?

Joan parpadeó.

Ciertamente: lo que había sentido ella era muy hermoso. Exacto. Hermoso era la palabra.

Asintió con la cabeza, y murmuró:

—Sí, señor Monahan.

—De acuerdo, Joan. Ahora...

La realidad.

La realidad se impone a todo.

Dick Monahan iba a olvidar a Joan y dirigirse hacia el teléfono, pero... Ella estaba allí... Y le miraba con cierto asombro. Joan debía estar preguntándose muchas cosas. Y sus ojos expresaban claramente algo que hizo sentir un escalofrío a Dick.

Fue un beso extraño; corto, intenso; un estallido.

VII

EL edificio era de dos plantas y había que subir unas escalinatas imitación de mármol para llegar a la puerta. Estaba a la altura de la calle Cuarenta, en la Décima Avenida. La hora era un tanto avanzada, y el tránsito escaso. Tan sólo algún coche, de cuando en cuando, hacía crepitar la húmeda calzada. La avenida permanecía tranquila; se veían pocas luces, a excepción de los anuncios luminosos, que parpadeaban desde todos sitios.

Dick Monahan llamó a la puerta.

Oyó pasos; alguien le examinaba a través de una mirilla, y por fin se abrió la puerta. Apareció un tipo inexpresivo, de unos cuarenta años, cabello claro, que le miraba con fijeza, con sus mortecinos ojos de un azul descolorido.

—¿Míster Lamport? —inquirió Dick.

—Sólo su criado —respondió aquel tipo.

—¿Puedo entrar?

—Dígame antes qué desea. Supongo que comprenderá que míster Lamport está descansando.

—Pero es importante.

Y puso las credenciales ante los ojos del criado.

El tipo no se inmutó. Permaneció unos segundos pensativo. Dijo:

—¿De veras no podría aguardar a mañana, señor Monahan?

—Lo siento.

—Bien... Espero que míster Lamport quiera recibirle. Pase, por favor. Sígame.

Tenía maneras de criado, sí, pero... Dick Monahan se encogió de hombros y le siguió. Dejaron atrás un vestíbulo amplio y cargado de muebles antiguos, no excesivamente cuidados, y llegaron a una especie de sala de espera, o antesala de un despacho, cuya puerta

estaba a la vista.

—Siéntese. Avisaré a míster Lamport.

El criado se largó, dejando solo a Dick en aquella antesala silenciosa. El agente especial encendió un cigarrillo. Dejó la silla, y dio una vuelta por allí, impaciente. Se sintió aliviado cuando sólo un par o tres de minutos más tarde regresó el criado.

—Le recibirá, señor Monahan —dijo—. Pase al despacho.

Dick asintió con la cabeza.

El criado le abrió la puerta y Dick cruzó el umbral de la misma.

Fue entonces cuando oyó un ligerísimo rumor, y el instinto le indicó que debía esquivar el golpe.

Apenas lo consiguió y la culata de la pistola, dirigida en principio a su coronilla, le golpeó dolorosamente en el externo-cleidomastoideo. Los ojos de Dick se llenaron de lágrimas. No obstante, había saltado, esquivando el segundo golpe. Cuando quiso empuñar su *Parabellum*, el criado saltaba contra él en plancha perfecta, agarrándole por la cintura y derribándole. Los dos hombres rodaron por el suelo, y el criado, algo más entero que el Dick Monahan de aquellos momentos, consiguió separarse de éste, dejando paso al otro atacante, quien pisó con el tacón los nudillos de Dick cuando éste trataba de incorporarse.

Dick soltó un gruñido de dolor, que fue ahogado por un rodillazo en pleno rostro.

Le pegaban otra vez, en la frente.

Notó resonar su cabeza, cuando la coronilla dio contra el suelo.

Le arrebataron la pistola.

Luego, como si proviniera de Moscú, oyó una voz:

—La luz, Perryson.

Perryson era el criado. Encendió la luz, y Dick parpadeó levemente tan sólo. Apenas veía más que sombras, y en medio luces excesivamente brillantes.

Y cuando empezaba a reaccionar, alguien le escupía y le agarraba por las solapas de la chaqueta.

—¡Un maldito del F.B.I.!...

Y empezó a soltarle bofetadas.

La cabeza de Dick se bamboleaba grotescamente, mientras su labio inferior se hinchaba y un hilillo de sangre brotaba de un orificio de su nariz. Apenas podía ver al tipo que le estaba pegando,

pero sí descubrió una cabeza grande y completamente rapada. Aquel tipo era una bestia... Golpeó hasta que intervino Perryson:

—Cálmate, Granger. Déjale ya... por ahora.

Cesaron, por fin, las bofetadas.

Dick se dedicó a normalizar la respiración y a acumular fuerzas, manteniendo los ojos cerrados. Por fin, se sintió en condiciones de hacerse cargo de la situación.

De un vistazo, descubrió la puerta lateral por la que, con toda seguridad, había entrado el tal Granger en el despacho. Y estaba claro también que Perryson no había avisado a míster Lamport, sino al bestia de Granger... De acuerdo.

—¿Dónde está Lamport? —inquirió, con voz ronca—. Créanme: le interesa hablar conmigo, antes de que ustedes cometan un error.

Aquellos dos hombres cambiaron una mirada.

—Míster Lamport no está aquí —dijo Perryson, cuyo semblante seguía inalterable, frío.

—Avísenle.

—Ésa no es mala idea, Perryson —dijo el de la cabeza grande y rapada.

También sus manos eran grandes y duras, y tenía un cuerpo grande, simiesco. Un tipo fuerte, cuyos ojillos sólo eran capaces de expresar astucia. Estaba claro que se trataba de uno de los hombres de acción de aquel grupo comunista. Lo mismo que Raysdale, que debía ser el hombre de hierro del grupo. En cuanto a míster Lamport, debía ser el jefe de tal grupo, y debía suponersele un nivel de inteligencia superior al de los otros; por lo menos, en lo que hacía referencia a Granger.

—¿No has oído, Perryson? —Gruñó Granger—. Después de todo, este tipo pertenece al F.B.I., y la responsabilidad es grande. Que cargue con ella el jefe.

Perryson asintió con la cabeza.

Se dirigió hacia el teléfono y discó un número. No tardó en llegarle respuesta, y dijo:

—Habla Perryson. Dificultades.

—Un agente del F.B.I.

—Sí, señor. Le esperamos.

Colgaron.

—Hecho, Granger —dijo Perryson—. Míster Lamport

intervendrá personalmente. No tardará en llegar.

Dick pensó que la situación se estaba definiendo, si bien no conocía aún los propósitos de aquel grupo de acción comunista; de los componentes de aquel «club» subterráneo dedicado, como otros, a toda clase de operaciones subversivas y clandestinas. Un grupo de violencia. E, indiscutiblemente, habían aprendido la lección dictada en...

El hombre del F.B.I., apretó los labios. ¡Cerdos!...

Lecciones dictadas en Moscú. ¿O quizá en Pekín? Daba igual. Había sido fuera de la frontera de Estados Unidos.

Le sorprendió la pregunta de Perryson:

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Fue una mujer.

Los dos tipos se miraron.

—Ya... Ha sido un fracaso de Raysdale.

—Es posible. De todos modos, el fracaso será general —replicó Dick.

—No sea iluso. Todo está en marcha.

—¿Qué es «todo»? —inquirió Dick.

—No estoy dispuesto a hablarle de ello, Monahan. Y... ya sé que me va a decir que el F.B.I., lo sabe todo, que sabe que usted está aquí y que no tardarán en llegar. Ello es posible, puesto que conocemos sus métodos de actuación: como borregos. Todos a una. Pero, aun de ser cierto que el F.B.I., esté sobre nuestra pista, no llegarán a tiempo.

Dick, que había estado en el suelo, sentado, se sintió fuerte para intentar algo, y empezó a incorporarse, lentamente, como si le costara un gran esfuerzo.

Adivinó lo que iba a hacer Granger. La mentalidad del tipo no era apta para otra cosa, y era fácil advertirlo. Pues sí: quiso asestar un patadón a Dick Monahan. Y éste, prevenido, tenso, no sólo esquivó el punterazo, sino que se agarró con ambas manos a la pierna de Granger. Realizó una dura torsión, y el pesado cuerpo de Granger chocó sordamente contra el suelo.

Luego, Dick se revolvió.

Y quedó parado, con un rapidísimo pensamiento en su mente: iba a morir.

Perryson había empuñado una automática.

Y brotó un disparo.

En el despacho amplio y antiguo de míster Lamport se oyó un gruñido de dolor. Al mismo tiempo, Perryson se arqueaba y trataba de volverse. Tenía los ojos muy abiertos, al igual que la boca. Y se volvió solo a medias, porque Dick se había abalanzado contra él y le empujó contra una biblioteca, estrellándole de cara contra el borde de uno de los estantes. Luego, le pegó en la nuca con el canto de la mano.

Perryson cayó de bruces.

Vaya...

Dick se encogió de hombros. En realidad, no había necesidad de golpearle. El orificio que tenía en el centro de la espalda hablaba por sí solo.

Y cuando Monahan miró a Granger, le vio de rodillas, con un brillo asesino en los ojos, mirando a Joan Jordan que, magnífica, serena, se estaba acercando a ellos, empuñando una pistola.

Granger rugió de rabia. Total, tenía la pistola a una yarda de su mano derecha. A aquella estúpida le ganaría la acción, y...

Se ganó tan sólo un plantillazo espeluznante en el rostro.

Y quedó encogido, sangrante la gruesa nariz. Luego, la pistola de Dick entró en acción, dejando una fea marca en el pelado cráneo del tipo, que se desplomó, fulminado.

Dick guardó la pistola y giró.

Joan sonreía.

—Bueno... No has podido evitarlo, Joan —dijo Dick—. Habrá que creer que es cierto que la aventura se ha metido en tu sangre.

—No se trata de eso, Dick.

—¿No?

—Vamos, vamos... Ha sido por ti.

—Oh, caramba...

Ella también había guardado la pistola.

Y se acercaban.

—Podemos... probar otra vez —rezongó Dick—. Parece que da buenos resultados.

—Probemos, Dick.

Para ser discretos, habría que dejarlos solos. A los enamorados hay que dejarles en paz. Pero no importa, porque ellos, durante un par de minutos, no estuvieron en la Tierra. Ellos sabrán dónde. El

caso es que a Joan le iba gustando el amor. Y a Dick seguían entusiasmándole los labios de Joan. Y lo demás. Porque un beso no es el simple ósculo que pueda parecer a los no enamorados.

Y, claro, los ojos de Joan brillaban cuando se separaron.

E inquirió:

—¿Qué ocurrió, Dick?

—Me sorprendieron. Lamport no tardará en llegar. Espero recibirle con tranquilidad.

Y lo dijo mirando a Granger.

El cabezota se estaba moviendo. Y parecía tener mala suerte; como si su cabeza fuese un gran imán que atrajera las punteras de los zapatos. Justo: en medio del cráneo fue el patadón.

Granger roncó y dejó de agitarse.

Dick suspiró.

—Ahora, mi querida espía, ocúltate —dijo Dick.

—Tal vez Lamport no llegue solo —replicó Joan.

—No sé... Veamos: el «club» comunista de acción suele componerse de cinco hombres. Lamport, Raysdale, Granger, Perryson y Trotter, el pelirrojo. Éste y Perryson están muertos. Granger está anulado. Tal vez se presente también Raysdale.

—¿Y Brattner? —inquirió Joan.

—Le utilizaron, sencillamente. Al menos, en mi opinión. Los miembros de uno de estos «clubs» no se atacan mutuamente. Son disciplinados y obedecen ciegamente al jefe. Sólo éste, además, sabe de quién depende directamente el grupo. Lo de siempre, Joan: cortamos el mal, pero no de raíz. Siempre queda algo. Demasiado, en realidad.

Joan asintió con la cabeza.

Dick la tomó de un brazo y salieron del despacho por la puerta lateral, la que había utilizado Granger para sorprender a Monahan.

Aquella puerta conducía a una simple sala de estar, desordenada y con restos de comida y bebida sobre una mesita de ruedas.

—Quédate aquí, Joan.

—Bien.

—Procura no intervenir.

Ella se limitó a sonreír.

Dick la besó rápidamente en los labios y regresó al despacho.

Miró la mesa grande, con varios cajones, y pensó que podía

echar un vistazo, en espera de la llegada de Lamport. No era probable que hallara algo interesante, ya que los «clubs» del tipo del que dirigía Lamport suelen utilizar muy pocos papeles; ni siquiera correspondencia, ni claves. Son cautos y bien preparados para tácticas subversivas.

Miró algunos papeles.

Nada. Allí sólo había documentos relativos a la agencia de viajes...

Cinco minutos más tarde, se percibía el ruido del motor de un coche. Luego, el frenazo frente a la casa.

VIII

SE abrió la puerta y aquel hombre penetró rápidamente en la casa. Guardó la llave en un bolsillo e iba a echar a andar hacia la antesala iluminada, cuando oyó algo a su espalda y giró velozmente. Su rostro permaneció pétreo, mirando la pistola con la que le apuntaba el hombre del F.B.I. Luego, Lamport alzó la vista, posándola en los ojos grises, acerados, de Monahan.

El agente especial escrutaba al tipo.

Era de edad incierta; quizá cuarenta y cinco años. No parecía fuerte en absoluto, por lo menos físicamente. Toda la potencia de aquel hombre decía estar en su frente despejada, abombada. Detrás de sus gafas de montura negra destellaban dos ojos de una inteligencia indiscutible. Ojos claros, del mismo color que el ralo cabello, peinado hacia atrás.

Vestía correctamente, sin presunción alguna.

Toda su personalidad radicaba en el rostro de intelectual.

—Vayamos al despacho, Lamport —dijo Dick.

El tipo esbozó una sonrisa.

—Como quiera —dijo—. ¿Usted es el hombre del F.B.I.?

—Así es.

—Reconozco que ha sido una desagradable sorpresa.

—Habrá más —dijo, sonriendo torcidamente, Dick.

—Tal vez, señor...

—Monahan. Espero que comprenda su crítica situación y facilite mi labor.

Lamport sonrió amablemente. Y Dick sintió un poco de miedo hacia la inteligencia de aquel hombre. Lamport dijo:

—Mi situación no es crítica, señor Monahan.

Habían llegado al despacho.

Inmutable, Lamport observó el cadáver de Perryson. Luego, miró a Granger, que seguía de bruces, mostrando en su rapada cabeza las señales de los golpes.

—Buen trabajo —musitó Lamport.

—No lo he hecho yo solo —sonrió Dick.

—Ya... Ustedes han tenido suerte, señor Monahan. Imagino que una joven llamada Jordan ha sido el punto de partida del F.B.I.

—Es cierto. Pero igual hubiésemos llegado hasta usted, Lamport. Por los asesinatos. Los Negin y Blattner. ¿De veras eran necesarios esos crímenes?

—Absolutamente necesarios.

Lo dijo con tal firmeza y convicción, que Monahan frunció el ceño. Comprendió que el tal Lamport era un fanático. Allí estaba, tranquilo, con los ojos destellando tras los cristales y una sonrisilla indescifrable en los labios.

—Parece que no le he convencido, señor Monahan —dijo.

—Desde luego: no.

—Negin era un hombre de escaso criterio —dijo Lamport—. Primero accedió a colaborar con nuestro grupo. Luego, se asustó. Debí comprender que no le dejaríamos retroceder.

—¿Y su hija? ¿Y Blattner?

Lamport se encogió de hombros.

—Estorbaban.

—No puedo creer que Marjorie Negin estuviese de acuerdo con ustedes.

—Claro que no, señor Monahan. Ella no sabía nada... hasta que sostuvo una conversación con un hombre del F.B.I., y empezó a sospechar de Blattner.

—Ya... ¿Y cuál fue el juego de Blattner? Lamport dio unos pasos hacia un sillón. Se sentó y encendió un cigarrillo con aceptable pulso. Soltó una bocanada de humo y miró a Dick, que seguía en pie sin soltar la pistola.

—Blattner nos prestó un servicio, sin saber concretamente lo que hacía y por qué lo hacía —explicó Lamport.

—¿Espera que me crea eso? —Gruñó Dick.

—Es muy sencillo, señor Monahan... Yo localicé al hombre que necesitaba: Alan Negin. Era inabordable por entonces, y confié en Blattner, empleado de la agencia; un muchacho ambicioso, aunque

para que esa ambición satisfaga hay que tener más inteligencia que la que poseía. De todos modos, las cosas no iban mal. Blattner, siguiendo mis instrucciones, enamoró a Marjorie Negin. Teníamos ya, por tanto, paso abierto hacia Negin.

—¿Por qué se fijó usted en Negin? —inquirió Dick.

Lamport sonrió débilmente. Prosiguió, sin responder a la pregunta de Dick:

—Efectivamente, Blattner pudo entonces hablar con Negin y preparó una entrevista entre éste y nosotros...

—Por tanto, Blattner sabía la verdad...

—Perdone. Eso no es cierto, repito. Blattner no conocía el fondo de nuestros proyectos. Tampoco le explicamos la verdad absoluta a Negin, pese a lo cual aún hablamos demasiado. Negin se prestó a colaborar, en principio, como le decía. Y nos presentó al teniente Nimmo y a los sargentos Vaughan y Devine...

—¿Dónde están? —inquirió Dick.

También Lamport eludió la respuesta, y prosiguió:

—Y cuando Negin se asustó, no tuvimos más remedio que matarle. Hubiera hablado. No hubiese sido capaz de mantener el secreto de nuestros planes. Luego, cuando Marjorie habló con el hombre del F.B.I., empezó a albergar ideas en su hueca cabeza. Y debió recordar que Blattner y su padre habían sostenido ciertas conferencias... Total: con su estúpida lengua, la muchacha Negin le dijo a Blattner que sospechaba que él había estado relacionado de algún modo con la muerte de su padre.

—¿Entonces? —Gruñó Dick.

—Bueno... Blattner llamó a Raysdale desde el restaurante en que almorzaba con Marjorie y le puso al corriente de las sospechas de Marjorie, y de su insistencia en que quería saber la verdad.

—Comprendo. Raysdale se encargó de Marjorie Negin.

—Era peligrosa. ¿No cree? Como su padre.

—¿Y Blattner?

—Bueno..., se asustó también. Un hombre del F.B.I., fue a verle y le hizo preguntas. ¿Sabe, Monahan?, Blattner no sabía que Marjorie había sido asesinada, antes de hablar con usted. La noticia le llegó por su mediación. Y empezó a sentir miedo.

Los Negin... ¿Por qué no iba a seguir él? Se puso impertinente.

—Habló con ustedes, y le amenazaron, ¿no es eso?

Lamport meneó la cabeza. Sacudió una pizca de ceniza del cigarrillo.

—Bueno... Blattner se dijo que el F.B.I., detrás suyo era un peligro para todos. Eso es muy cierto. No me gusta menospreciar a nadie, y menos a una organización como la de ustedes, Monahan. Así que Blattner exigió cincuenta mil dólares para huir de aquí y olvidarlo todo.

—Y usted pensó que existía un medio infalible para que un hombre olvide real y definitivamente todo.

—Así es, Monahan.

—Y también fue Raysdale, su hombre de hierro, quien volvió a matar.

—Raysdale es un buen elemento, aunque se deja cegar por la violencia. No puede decirse que su actuación haya sido un triunfo. Empezó mal en Viena, dejando detrás de sus talones a *miss* Jordan. La muchacha se ha movido correctamente, y nos ha puesto en aprietos. ¿Descubrió lo de las armas?

—Desde luego.

Lamport suspiró.

—Ustedes no tienen jurisdicción en los Granadinos, Monahan —dijo.

—Pero sí la tienen los ingleses.

—Sí, claro... Pero ¿de veras cree que esas armas seguirán en el islote cuando lleguen?

—¿Estarán en Santo Domingo?

Lamport no respondió.

Dick Monahan efectuó una revisión mental de lo que había confesado Lamport. Y lo había confesado porque estaba tan a la vista que era estúpido negar. No obstante, nada había dicho con relación al empleo de las armas, y a la desaparición de Nimmo, Vaughan y Devine.

—Responda a mis preguntas, Lamport —gruñó Dick—. ¿Cuáles son sus proyectos?

—No diré nada más, Monahan —dijo, tranquilo, Lamport.

Dick le miró expresivamente.

—Usted no es hombre de violencias, Lamport. ¿Cierto? —dijo.

—La violencia física es deprimente, señor Monahan —sonrió el tipo.

—Bueno... Quizá sí, pero... ¿no cree que también es útil? Es de suponer que usted le tenga miedo al dolor físico. Naturalmente, ¿a qué otra clase de dolor podría temerle usted? Responda a eso.

Lamport pareció un poco turbado entonces.

—Me... está amenazando.

—Caramba, Lamport —ironizó Dick—. Lo adivinó. Una vez más ha demostrado su inteligencia. Pues sí, le estoy amenazando. Sepa que será un placer para mí reventarle la cabeza a golpes. Porque usted es un cochino comunista, un jefe de «Club» de acción; un fanático que ni siquiera medita sobre el mal que hace. Usted no debería ser americano, Lamport. Dígame: ¿qué gana siendo fiel a Moscú?

—Nadie ha dicho que sigamos consignas de Moscú.

—O Pekín, lo mismo da. Dígame: ¿qué gana?

Lamport se encogió de hombros.

—¿Quiere que le endose un discurso, Monahan? —inquirió.

—No es necesario. Usted podría responder a mi pregunta con muy pocas palabras. ¿Lo hace por dinero?

—No. Por convicción. Y no discutiré ese punto con usted, Monahan. Ni con nadie, claro está.

—Muy bien. Esto..., yo soy hombre de acción, Lamport. Puedo ser muy violento. Me ocurre un poco como a Raysdale: puede cegarme la violencia. ¿No cree que sería lamentable?

Lamport no despegó los labios.

Y Monahan comprendió que en aquella lucha dialéctica, aparte de perder el tiempo, saldría derrotado. Por tanto...

Le pegó.

Un revés seco, que pegó en plena boca de Lamport.

La violencia del golpe lanzó al tipo contra el respaldo del sillón y lo derribó, cayendo aparatosamente de espaldas. Perdió sus gafas en la caída, y estaba a punto de recogerlas cuando Dick se adelantó, arrebatándoselas. Aquello era un poco cruel, pero esperaba que Lamport se sintiera indefenso y en absoluta inferioridad de condiciones al comprobar que la vista no le respondía.

Así fue, en efecto. Lamport jadeó. Buscaba las gafas. Se notaba que apenas veía.

—Yo tengo las gafas, Lamport —dijo secamente Dick.

—Por favor...

—Por intercambio de favores, Lamport.

El tipo quedó de rodillas en el suelo, un poco inclinado y tratando de ver con claridad a su alrededor.

No vio nada. Ni vislumbró tan siquiera la segunda bofetada, que le derribó de costado. Por su barbilla resbalaba un hilillo de sangre, procedente del labio inferior, partido.

Y Granger, en aquellos momentos, empezaba a dar señales de vida.

Dick dejó que se recuperase. Y, cuando el gigante pelado empezó a mirar en torno, pareció desconcertado. Luego, su mirada quedó fija en las pupilas de Monahan, de expresión demasiado clara para que Granger pensara en oportunidades.

—Vamos, Granger... Hacia el rincón. Con Lamport.

Granger iba a incorporarse, pero Dick le golpeó con el pie en la muñeca derecha, y el tipo perdió el equilibrio.

—De rodillas o arrastrándote —gruñó Dick—. No quiero verte en pie.

Granger se vio obligado a obedecer.

—¿Dónde está Raysdale? ¿Dónde están Nimmo, Vaughan y Devine? ¿Para qué les necesitan? ¿Qué empleo piensan darle a las armas? —interrogó Dick.

Nada.

Aquellos dos hombres parecían muy bien aleccionados.

—¿No piensan responder? Tú, Granger, ¿sabes lo que te espera?

—Sí. Cárcel —gruñó el tipo.

Dick rió secamente.

—No digas tonterías. Serás ejecutado.

—Ningún tribunal me condenará a muerte —dijo Granger—. Yo no ordeno nada, y apenas he intervenido. A míster Lamport se le puede considerar en mi caso, aunque su condena sea más amplia. En cuanto a Raysdale, no le encontrarán.

Dick parpadeó, furioso.

Aquellos tipos se le iban de las manos. Si no estaban dispuestos a hablar, el F.B.I., habría fracasado. Ciertamente que aquellos elementos no volverían a intervenir en un nuevo complot comunista, pero la operación que habían preparado seguiría adelante. Y la situación en determinados puntos del Caribe, no estaba muy firme.

Y no podía seguir golpeando a aquellos dos hombres, ya que

podía considerarlos prisioneros y existe una Constitución que respeta a todo el mundo, aunque se trate del más negro y sucio traidor.

—Está bien —dijo—. Iremos a...

El teléfono.

Granger miró hacia el aparato con esperanzas. Lamport, con su miopía, parecía alguien perdido. Su rostro no expresaba nada.

Dick dio unos pasos y tomó el aparato.

—Sí...—gruñó.

—Pero ¡maldita sea, Dick! ¿Por qué no llamas?

Era Dade. Monahan sonrió.

—Es cierto, Dade. Un olvido del reglamento.

—¿Cómo va todo por ahí?

Dick sonrió, mirando a Lamport y Granger.

—Estupendamente, chico. ¿Hay noticias del inspector?

—Algo mejor. Conger quiere hablar contigo.

—Vaya... Espero.

Aguardó unos segundos, sonriendo, recordando al agente especial Joe Conger. Un gran tipo. Alto y fuerte, con la cabeza pequeña y roja. Aparentemente, su pequeña cabeza no podía albergar los gramos mínimos de materia gris, pero Conger se había encargado de demostrar todo lo contrario. Y Conger era tan temible pensando como actuando físicamente.

Conger había sido elegido por el propio Dick para darse la vuelta por los muelles. A ver qué ocurría...

—¡Compadre...!

Aquél era Conger.

—¿Qué pasa, Joe?

—¡Acaban de reclutarme! ¿Qué te parece? —chilló, alegre, Joe Conger.

Dick frunció el ceño.

—Déjate de bobadas, Joe. ¿Qué pasa? —Gruñó.

—Pues eso: que acaban de reclutarme. Se han fijado en mí, muchacho, en el buenazo de Conger. Ocurre que deben haberme visto cara de animal y cuerpo de gorila, y piensan que sirvo. Yo les he dicho que sí, naturalmente.

Dick miraba con fijeza a Granger y a Lamport. Ambos estaban pendientes de aquella conversación.

—¡Compadre...! ¿No me oyes...? ¿Estás sordo, diablos...?

—Te oigo, te oigo, Joe... Explícate con toda claridad.

—Ahí va: me puse, la cazadora, una gorra, unos pantalones viejos y una camisa vieja. Me largué al East River, a ver qué pasaba. Tu idea me parecía fantástica, pero hay que reconocer que tienes cerebro. Busqué trabajo para la tarde en un carguero y me relacioné con los tipos más brutos que pude encontrar. Luego estuve en un gimnasio, en un bar, en una sala de billares... Siempre con mis nuevos amigos. Además, sin dejar cerrar la boca, siempre hablando de mi intervención en la toma de Inchon, en Corea, como suboficial de «marines». No sé si me creyeron o no, pero... De la media docena de tipos que salimos del muelle, sólo otro y yo llegamos por nuestro pie a una pensión de New Chambers, en pleno Chinatown. La borrachera de aquella gentuza fue fenomenal... Bueno, al grano: un tipo se presentó en nuestra pensión.

—¿Raysdale? —inquirió Dick.

—No dijo el nombre. Yo tampoco quise hacer averiguaciones, por el momento. Tal vez mi curiosidad pudiera parecer sospechosa.

—De acuerdo, Joe. ¿Qué más ocurrió?

—Nos propuso embarcar esta madrugada hacia Carriacu, uno de los Granadillos. ¿Qué te parece?

—Perfecto, Joe. ¿Hora?

—Cinco madrugada.

Dick soltó un suspiro.

—¿Dijo algo importante?

—Nada. Se mostró bastante reservado, pero como nos atizó cien dólares a cada uno, callamos. El otro, mi compañero, se está muriendo de alegría, porque el tipo dijo que habría más billetes como aquél. Agregó que el trabajo sería fácil. Naturalmente, la impresión que producimos, tanto mi compañero como yo, es la de carecer por completo de escrúpulos y ser capaces de asesinar a nuestra abuela a cambio de un vaso de *whisky*. El engaño es perfecto, Dick. Tengo a mi favor que el otro es un tipo barriobajero, conocido en Chinatown. Él no despierta sospechas. Y, si somos amigos, ¿por qué han de sospechar de mí?

—De acuerdo, Joe. Dime ahora el punto de reunión.

—Muelle veintisiete del East River. El sitio más sórdido del puerto de Nueva York.

—¿Tienes alguna otra noticia? ¿Sabes cuántos hombres embarcan? ¿Sabes algo de Nimmo, Vaughan y Devine?

—Ni palabra, Dick. La consigna fue: «A las cinco de la madrugada en el muelle veintisiete. Carguero “Cosulich”. Y ni palabra a nadie».

—Se comprende, claro. Conger, voy a describirte a Raysdale, y trata de hallar...

—Ahórrate molestias, Dick. En el Departamento he dejado demostrado que el tipo que va reclutando gente es el propio Raysdale. Es alto, rubio, ojos oscuros... En conjunto, da la impresión de ser un tipo de lo más duro.

—Ajá. Parece que es él. Pero hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Tengo dos «pájaros» con las alas rotas. Posiblemente, Raysdale se interese por ellos y se dé cuenta de que no todo va bien. Puede suspenderse el viaje, con otras consecuencias, claro está.

—Tranquilo, Dick. Oye..., no acabé de explicarte el asunto.

—¿No?

—Mira: se largó el tal Raysdale, y el otro se durmió abrazado a los cien dólares en un solo billete. De modo que le zarandeé, le dije que iba a buscar una botella de *whisky* para celebrarlo, y ni se enteró. ¿Qué te parece que hice...? Exacto: seguí al tal Raysdale y le tengo localizado.

—¡Maldita sea, Conger...! ¿Y si se larga?

—Compadre..., soy Joe Conger. Para más señas, el ochenta y cuatro de una promoción de ochenta y cinco. Pero quien crea que soy idiota..., peor para él. Le seguí, le localicé, vigilé, observé que no parecía dispuesto a salir de allí hasta las cinco de la madrugada, y me largué al Departamento, en cumplimiento de mis deberes, de modo que el F.B.I., en peso está en estos momentos al corriente del asunto. Por deferencia a Richard Monahan, tú, animal, que eres quien has llevado el caso, me tomo la molestia de informarte de todo, porque da la casualidad de que tú y yo, según órdenes del jefe, vamos a actuar juntos. De modo que te espero aquí.

—¡Eh, Joe!

—¿Qué?

—Manda un coche para acá. Dade sabe las señas.

—O.K.

IX

DICK Monahan colgó el teléfono.

La voz alegre, picara, de Conger, aún resonaba en sus oídos.

Resultaba, pues, que todo estaba casi solucionado.

Y... Raysdale reclutando gente. Bien...

Miró a Granger y a Lamport. Éste seguía con cara de desconcierto, ya que la ausencia de las gafas le dejaban, efectivamente, en inferioridad de condiciones. Dick caminó hacia él y le tendió las gafas. Volvieron a brillar, al instante, los ojos de aquel hombre.

—Un coche del F.B.I., está ya en camino —dijo Dick.

Silencio.

—Sabemos que han estado reclutando gente —dijo Dick.

Silencio.

—¿Para qué, Lamport? ¿Por qué ese reclutamiento?

Nada.

Dick no se impacientó. En realidad, ya no tenía por qué desesperarse con aquel par de mudos. La cosa estaba a punto de solución, y, teniendo los triunfos en la mano, había que demostrar que conocía el alcance de tal triunfo.

Dijo:

—Usted no ignora, Lamport, que reclutar gente estadounidense para intervenir en conflictos de un país extranjero está penado por leyes federales. ¿O lo ignoraba?

—No —dijo, lacónico, Lamport.

—Son demasiadas transgresiones en su haber, Lamport. ¿Cree que debe seguir callando?

—No creo nada.

—Ya... En estos momentos no me parece tan inteligente.

—A veces es conveniente parecer tonto, Monahan.

—Es posible... ¿Me oyó antes? Viene a buscarles el F.B.I.

No despegó los labios. Se limitaba a mirar a Granger, con una fijeza que resultaba extraña. Tal vez quería hipnotizarle. O quería transmitirle una orden. El caso es que la frente de Granger empezó a inundarse de sudor. De un lado, no podía desobedecer la imperiosa orden que transmitían los ojos de Lamport. De otra parte, estaba la pistola del hombre del F.B.I., quien había demostrado ser un hueso duro.

La orden...

En silencio.

Granger estaba sudoroso, tenso.

Dick Monahan no sabía qué pensar.

Tampoco fue necesario que se esforzase excesivamente, porque la reacción de Granger llegó; tenía que llegar. No podía soportar la mirada de Lamport, ni parecía existir mucho aliciente en el hecho de pasar unos años en la cárcel, como mal menor.

Granger reaccionó; actuó.

Le salió todo mal, muy mal.

Su cabeza raspada fue lo que primero se puso en movimiento.

Sus ojos estaban extraviados. Era fácil adivinar que había recibido una orden concreta: matar. Matar... como fuese...

¡Matar!

En principio consiguió desconcertar a Dick Monahan, hasta el punto de que los enormes brazos de Granger rodearon la cintura del hombre del F.B.I., y ambos rodaron por el suelo. Granger lanzó un golpe fallido, y sus nudillos chocaron contra el suelo. Vio el cañón de la «*Parabellum*» de Dick, y todo cuanto supo hacer fue cubrirse el rostro con ambas manos.

Pero no.

Recibió un durísimo golpe en el estómago, asestado con la punta del cañón. Se encogió, gimió... El mismo cañón le pegó en la boca. Y Granger se transformó. Ya no le importaba el dolor, ni otra cosa que no fuese deshacer al agente del F.B.I. Enloquecido, prescindió de la sangre que manaba de su boca, de sus dolores, de la orden de Lamport... De todo. Matar... Pero por su cuenta y riesgo.

Sus manos, duras, grandes, se aferraron a la garganta de Dick Monahan.

Empezó a apretar.

Y a reír.

La victoria era suya. Notaba ceder los esfuerzos de Monahan.

Y apretaba, apretaba... Era un placer ver el rostro morado del hombre del F.B.I. Y sus ojos enrojecidos, casi fuera de las órbitas. Pronto abriría la boca, mostrando la lengua gruesa y morada...

No. Granger olvidó que el hombre del F.B.I., aún empuñaba la «*Parabellum*». Y empezaron a sonar detonaciones. Dos, tres..., cinco. A la desesperada.

Y el plomo hizo efecto. Los cinco plomos habían penetrado en el cuerpo de Granger en menos de diez segundos. El tipo ya no tenía fuerza alguna en los dedos; se iba aflojando la presión. Y Dick, de un manotazo, se quitó de en medio aquel cadáver. Efectivamente, Granger sólo era un muerto cuando Dick le puso la mano en la frente y le empujó hacia atrás. Granger cayó de espaldas y quedó de cara al techo, sorprendido, dolorido..., muerto.

Monahan tardó unos segundos en recuperar la noción de las cosas. Lo vital era, en aquellos momentos, respirar normalmente, tragar aire. Y cuando lo consiguió, vio a Lamport quieto, lívido, inexpresivo.

Miró de reojo.

Tan pálida como Lamport estaba Joan Jordan, con su pistola en la mano, manteniendo a raya al jefe del «Club» comunista.

Dick se puso en pie, trató de parecer tranquilo y se acercó a Lamport.

Le señaló al rostro con un índice recto, tenso.

—Usted. Usted ha matado a Granger —dijo secamente.

El otro no despegó los labios.

Pero..., ¿qué diablos se creía? Dios sólo hay uno...

Y aquel maldito Lamport, ¿qué se creía?

Dick le pegó. No pudo contenerse. Ni quiso. Le pegó con todas sus fuerzas, con los nudillos por delante. Le machacó la boca; por dos veces. Alteró aquel rostro impasible con otros dos puñetazos, uno de los cuales rasgó la piel que recubría uno de los pómulos de Lamport. Y el tipo, tendido en tierra, silencioso, retorcido, recibió un patadón en las costillas que le hizo arquear violentamente, con la angustia de la muerte reflejada en sus ojos.

—Dick...

Fue aquella voz cálida, suave, tranquilizadora...

Y Dick cerró los ojos un momento, conteniéndose. No volvió a pegar. Miró a Joan y consiguió esbozar una sonrisa.

—Hola, querida —musitó.

—Creo... creo que hice bien en intervenir.

—Por supuesto, Joan.

En aquel instante, Dick comprendió que Joan le miraba como a un desconocido. Y... Bien: es cierto. No es fácil profundizar en uno en dos horas, y con unos besos. De todos modos, en los ojos de Joan había destellos de... de amor, ¡qué diablos! Es fácil que una mujer se enamore, ¿por qué no? ¿Y qué mejor que una mujer enamorada?

Dick sonrió. La besó; la apretó; la volvió a besar...

—Y ahora, vete —dijo.

—Pero, Dick...

—No quiero oír nada, Joan. Olvídalo todo... Me refiero a tus ansias de aventuras, a tu intervención en asuntos de espionaje, de malditas traiciones, de muertes... Quiero tener junto a mí a una mujer, Joan. Compréndelo.

Joan se mordió el labio inferior.

—¿Sabes, Dick? Nunca creí que esto terminara así...

—Pues, ¿cómo? —Gruñó Dick.

—No sé... Pero no así.

—Joan, vete. Espérame. Ya hablaremos de eso.

Ella sonrió.

—Tonto. Nada hay que hablar. Lo has dicho todo.

—Ya... Y tú, ¿lo has dicho todo?

—Tú mandas.

Se besaron.

Lo malo es que estaba allí Lamport, y que el asunto no estaba completamente solucionado. Dick gruñó algo entre dientes y le supo a diablos tener que soltar a Joan. Pero..., circunstancias. Siempre las circunstancias. La soltó, y ella dijo:

—Te espero en mi apartamento. Ya sabes...

—Desde luego. No te muevas de allí.

—No, Dick.

Es que Joan estaba maravillosa... Además de que era realmente hermosa, Dick Monahan se estaba dando cuenta de que se había enamorado de ella. Y ella no se iba. Decía «adiós», y no se iba...

Había que tener voluntad. Obligarla, empujarla... Besarla.

Fue espeluznante.

¿Para qué insistir en que Lamport era un fanático?

Cuando llegó el coche del F.B.I., con Dade, Conger y otros dos agentes en el mismo, todo parecía muy fácil. Mansamente, Lamport salió de su casa, bajó los peldaños imitación de mármol y se dirigió hacia el coche. Luego, pareció volverse loco.

O estaba loco realmente.

Echó a correr. Con todas sus fuerzas, con unas fuerzas que sacaba de nadie sabía dónde. Corría hacia la esquina, en zigzag, esquivando las primeras balas de los hombres del F.B.I. Hasta que Dick Monahan reaccionó y corrió detrás de él, disparando bajo. Y así, consiguió herirle en la pierna izquierda; pero Lamport, aun renqueante, huía.

Cruzó la calle.

Y..., siempre quedaría la duda en la mente de los hombres del F. B.I.: ¿Vio o no el coche que se lanzaba sobre él?

Nunca se sabría.

Primero, fueron los faros, con luz larga. Luego, el vehículo, a velocidad normal, pero suficiente para que su impacto con un cuerpo que parecía extraño resultara mortal.

Lamport fue lanzado a varias yardas de distancia. Se revolcó por la calzada, y su grito fue ronco, corto. Chirriaron los frenos del coche que había alcanzado a Lamport, y se armó una ligera confusión en la calle. Ligera, porque los agentes del F.B.I., intervinieron rápidamente, normalizando la circulación.

Y allí estaba Lamport, destrozado, ensangrentado el rostro; rotos los cristales de las gafas, con aristas en los ojos y en los párpados. De todos modos, el dolor de un muerto no se nota.

Dade, Conger y Dick Monahan, cambiaron miradas de inteligencia. Y Dick gruñó:

—No importa, realmente. Bien muerto está.

—Sí...

—Ocupate Je todo, Dade —dijo Dick—. Lo último es ponerse en comunicación con el inspector. Ya conoces nuestros planes, ¿no?

—Desde luego.

—Pues andando.

Dade había dirigido una mirada de lástima a Dick, pero éste no

se compadeció.

Gruñó:

—Andando, Joe.

Joe rió malignamente. Aquello se ponía al rojo vivo. Y por muy listo y valiente que fuese el tal Raysdale, la cosa sólo podía terminar de una forma: un triunfo más del F.B.I. Mejor dicho, de los hombres del F.B.I.

Y, mientras Dade hacía funcionar la radio del coche oficial, Monahan y Conger se alejaban de allí.

Sólo dos minutos tardaban en encontrar un taxi.

Dick extrajo un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a Conger y se reservó otro. Encendieron con parsimonia, mientras el coche se lanzaba a buena velocidad por East Houston Street.

Ni palabra.

Conger se moría de ganas de hablar, pero...

AL entrar, el tipo dormía.

X

AL entrar, el tipo dormía.

Al salir, el tipo seguía durmiendo.

Era un viejo inútil, que dormía desprendiendo olor a *whisky*. Estaba con los brazos apoyados en el mostrador de recepción de la pensión, y con la cabeza sobre los brazos. Su boca abierta dejaba ver las desdentadas encías. De todos modos, aquella pensión discreta, casi pobre, no era ninguna tentación para los rateros.

Cuando Conger y Dick salieron de recorrer las habitaciones, Conger estaba furioso. No toleraba haberse equivocado y pensaba que aquello debía solucionarlo por sí mismo. De modo que hizo una seña a Dick, y éste, un tanto preocupado, quedó en el vestíbulo, vigilando al tipo que roncaba estúpidamente.

Conger se metió en las habitaciones interiores de la pensión. Algo saldría de allí. Como fuese, él no iba a perder la pista de Raysdale. Indiscutiblemente, el tal Raysdale no era tonto, pero tampoco suele serlo un hombre del F.B.I., aunque sea el penúltimo de su promoción.

Raysdale había volado, de acuerdo. Pero habría ido a algún sitio, claro.

Y eso era lo que Conger quería averiguar.

Se metió en las habitaciones, y olió.

Exacto: olió.

En el tejemaneje de un cerebro es inútil tratar de profundizar. Conger, un muchacho de ideas rectilíneas..., a veces, llegó a la conclusión de que un tipo siempre tiene una mujer entre manos.

¿Por qué había de ser menos Raysdale?

Y aquello podía salir bien o mal. Ya se vería.

Así que olió, y se metió en un cuarto. Tranquilo, encendió la luz,

parpadeó y miró hacia el lecho.

¡Vaya...!

Era muy blanca de piel, y la piel estaba bastante tensa, lo cual quería decir que los gustos de Raysdale eran bastante vulgares. O, por lo menos, aquello indicaba que Raysdale no tenía demasiados escrúpulos en lo tocante a asuntos femeninos. Por último, podía indicar que Raysdale hacía lo que hacía porque le interesaba.

Desde luego, la mujer, entrada en carnes y de algo más de treinta años, no era fea. Brillaba su piel. Y aun durmiendo tenía las mejillas sonrosadas. Era espantosa la vitalidad que se adivinaba en aquella mujer.

Conger avanzó hacia el lecho y cubrió las piernas de la mujer con las sábanas.

Luego carraspeó.

Ella, aún en sueños, inquirió:

—¿Ya has vuelto, querido?

Conger carraspeó de nuevo. Dejó asomar a sus pupilas azules una picara luz.

La mujer abrió los ojos. Luego, chilló:

—¿Quién es usted?

Con el sobresalto, se destapó. ¿Y qué?

—Bueno... Buscaba a Raysdale —dijo Conger.

—¿Para qué? ¿Dónde está? Me prometió que volvería esta noche.

—Pues me temo que la ha engañado, ¿sabe?

—¡Oh! ¡El muy...!

Relucieron los ojos de ella. Y sonrió:

—Bueno, es igual —dijo—. ¿Quiere un sitio aquí?

Se hizo a un lado. Conger se rascó la coronilla.

—Quizás otro día, señora —dijo—. Se trata de que... Mire, pertenezco al F.B.I., y tengo algo que tratar con Raysdale. Sea buena chica y dígame qué ha ocurrido.

La señora entornó los ojos. Calibró a su manera a Conger y masculló:

—F.B.I., ¿eh? ¿Qué pasa con él?

—La cosa va en serio, señora —sonrió, amable, Conger.

Tenía los labios rojos, sanos. Todo su aspecto indicaba salud y vitalidad, y otras cosas... Piernas muy blancas y brillantes; escote

atractivo... Claro que Conger, como cada cual, tiene sus gustos. Y no vulgares, ésa es la verdad.

—En serio...—murmuró—. ¿Y cómo cree que es lo nuestro?

—¿Quiere decir que...?

—Que se va a casar conmigo.

—Eso le ha dicho, ¿eh?

—Eso.

—Ya... Es un granuja. Y un asesino.

—No diga tonterías —se ruborizó—. Un hombre que ama como él, no puede ser un asesino. Y..., ha salido, sí, pero regresará. Estábamos en su habitación... Yo le quiero, ¿comprende? Ya no soy joven y... Le quiero, en una palabra. Y él hace conmigo lo que le da la gana. Pero es adorable...—sonreía—. Estábamos en su habitación. Me besó; le besé. Luego... En fin... De súbito, pareció pensar en algo y llamó por teléfono.

—¿Cuánto hace de eso? —Gruñó Conger.

—Una eternidad...—dijo ella, con los ojos en blanco.

—Por favor, es cosa seria —gruñó Conger, conteniendo una risotada maligna que hubiera depositado en las narices de la señora.

—Sí... Pongamos treinta minutos. O algo más.

—Ya... ¿Qué ocurrió exactamente?

—Que no le respondieron a la llamada. Parecía muy preocupado. Me besó, me... Me dijo que volvería pronto, y se fue.

—¿Adónde?

—Bueno, no estoy muy segura, pero...—sonreía como una solterona cerca de la cuarentena, y agregó—: Yo soy celosa, ¿sabe, señor F.B.I.? Y he seguido a Roy. Siempre va a una nave situada en el muelle veintisiete. Es de una agencia de viajes, no sé... Yo me tranquilizaba cuando le veía entrar en esa nave. Le quiero tanto... Claro que él no lo sabe, porque si se lo dijera, abusaría de mí.

Conger cerró los ojos un instante.

—Está bien —gruñó—. Gracias por todo.

—Yo... creo que he hablado demasiado. Él es bueno.

Conger la miró con lástima. Dijo:

—Tranquílcese. Es el peor asesino que hemos conocido.

La dejó con los labios muy abiertos.

En el vestíbulo estaba Dick, esperando. Inquirió:

—¿Qué tal, Joe?

—Vamos. Está listo.

Raysdale no estaba muy seguro de que hubiese ocurrido lo peor, pero el hecho de no obtener respuesta a su llamada, le había inquietado. Desde la nave de la agencia, en el muelle 27, llamó de nuevo, con idéntico resultado que la llamada anterior: silencio.

El hombre tenía el rostro tenso y en su frente brillaban unas gotas de sudor.

Se podía hacer muy poco si el F.B.I., había llegado hasta Lamport. Y entre lo muy poco que se podía hacer, sólo una cosa era sensata: largarse de allí. Buscaría una conexión con otro grupo y concluiría aquella misión que se estaba complicando excesivamente.

Tenía que preparar algunas cosas...

Llamaban en la puerta de la nave. Miró hacia allí con los ojos entornados, con desconfianza.

Cauteloso, con la pistola en la diestra, salió del rincón donde estaba instalada la oficina de la nave y caminó hacia el portalón principal.

—¿Qué hay? —inquirió sin abrir.

—Soy yo. Ha ocurrido algo.

Raysdale reconoció la voz del tipo de la gorra; del pelirrojo de pequeña cabeza. Y apenas pudo contener su sorpresa.

Abrió la puerta.

—Entra —gruñó.

Conger entró, e inmediatamente el cañón de la pistola de Raysdale se pegó a sus costillas.

—¿A qué viene esto? —inquirió Conger.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Qué es lo que ha ocurrido? —inquirió secamente Raysdale.

Conger se humedeció los labios.

Echó un vistazo en torno, observando la distribución de aquella nave. Era amplia y tenía zonas oscuras. Estaba dividida en departamentos. De todos modos, estaba comprobando lo que quería: Raysdale estaba solo allí.

—¡Responde!

—Bien... El otro tipo parece que se ha arrepentido. No estará en el muelle a las cinco —dijo Conger.

—¿Sólo por eso te has molestado en buscarme?

—Sólo.

—Ya... Está bien, hombre. Tienes buen olfato... Claro que yo nunca he ignorado que la gente del F.B.I., está bien preparada. Y... supongo que el F.B.I., se ha reído mucho de mí, ¿eh? Precisamente reclutar a uno de sus hombres. Un error; muchos errores acumulados ya.

Conger se había tensado; fue perceptible su crispación.

Y Raysdale se echó a reír.

—Ni siquiera lo niegas —dijo.

Tratando de permanecer tranquilo, Conger dijo:

—¿Para qué? Es mejor que lo sepas de una vez, Raysdale. Supongo que comprenderás que un nuevo crimen sería estúpido. Deja la pistola y entrégate.

—Yo no me entrego nunca. Echa a andar.

Le empujó hacia el fondo de la nave. Conger caminó lentamente, un poco asustado, temiendo que Dick llegara tarde. Trató de ganar tiempo, y dijo:

—Ni que decir tiene, sabes que el barco no zarpará con reclutas, Raysdale. Antes de las cinco de la mañana se habrá hecho un cordón perfecto en torno al buque. Y a las cinco, cuando vaya llegando la gente, serán detenidos. Se acabó el juego, Raysdale. Lo que me pregunto es la misión de esos tipos que vas reclutando. Ha costado mucha sangre este asunto, ¿no crees? Del grupo sólo tú quedas con vida. Lamport se arrojó hacia un coche...

—Cállate de una vez —atajó secamente Raysdale—. Voy a disparar contra ti. Pienso seguir con este asunto hasta el final. Y si falla el reclutamiento aquí, buscaré en otro sitio. Tenemos lo principal para seguir adelante.

—Las armas, ¿no?

Raysdale rió brevemente.

—Y algo más, pero no importa.

Aquella sombra sí tenía importancia.

Dick Monahan se deslizaba hacia la espalda de Raysdale, en absoluto silencio, conteniendo incluso la respiración, notando humedad en todo el cuerpo. No podía fallar... La vida de Conger estaba en juego...

Conger seguía hablando. Y Raysdale se volvió cuando era tarde.

Un brazo de Dick le rodeó con fuerza el cuello, y la otra mano se aferró a la muñeca de Raysdale, dominándola. Los esfuerzos de

Raysdale fueron inútiles, puesto que Conger, aliviado y furioso por el miedo que Raysdale le había hecho pasar, se abalanzó hacia el tipo, arrebatándole la pistola. Luego, le pegó en la boca con el cañón del arma.

—Suéltale, Dick —gruñó.

Dick lo hizo y Conger pegó de nuevo, en el estómago, dejando a Raysdale sin aliento, doblado sobre sí mismo.

Por fin, dos pistolas quedaron apuntando al cuerpo de Raysdale.

—Echa a andar —gruñó Dick.

Empujó a Raysdale, obligándole a dar traspiés.

—Echaremos un vistazo a los departamentos —dijo Dick—. Sigo con mi idea de que vamos a hallar aquí algo sustancioso. Andando.

Poco después, habían recorrido la nave y la decepción de Dick Monahan era evidente. No habían hallado nada.

Conger le miró, impotente.

—No me rindo —masculló Dick—. Sé que Nimmo, Vaughan y Devine siguen en los Estados Unidos. No han abandonado el país. Y ningún sitio mejor que éste para mantenerles ocultos. Y... no me gustaría enterarme de que están aquí por su voluntad.

Raysdale no despegó los labios. Estaba impasible, aunque un tanto pálido. Parecía tan duro como los dos hombres del F.B.I., y era tan fanático como Lamport. Gente difícil aquélla.

Tan sólo dos minutos más tarde, Conger hacía una seña a Dick. Señalaba hacia el suelo de la nave, mostrando una trampilla, en silencio. Raysdale achicó los ojos.

—La linterna, Conger —musitó Dick.

El pelirrojo asintió con la cabeza. Del bolsillo de la vieja chaqueta extrajo la linterna, tomándola con la mano izquierda. La pistola en la diestra, al igual que Dick. Éste miró a Raysdale.

—Abra esa trampa —ordenó en susurros.

Raysdale, tras una ligera vacilación, se acercó a la trampilla.

—Vamos, vamos...

Se inclinó, abriendo la trampa. Todo estaba oscuro.

Fugazmente, el rayo luminoso de la linterna de Conger se dirigió hacia los peldaños que conducían a aquel sótano, húmedo, mohoso, muy cerca de las aguas del East River.

No había demasiados peldaños y Conger apoyó la suela del zapato en la parte posterior de Raysdale, y le envió rodando hacia

abajo en espera de la reacción de los posibles ocupantes del sótano.

Lo cierto es que no llegó reacción alguna, y Dick dijo:

—Alúmbrame y cúbreme. Voy a bajar. Tú, detrás, Joe.

—Andando.

Tan pronto tuvo a la vista aquel sótano, Dick comprendió que no iba a ocurrir nada. Había allí gente, sí, pero se habían limitado a agruparse en un rincón y miraban, silenciosos, a los hombres del F.B.I., y a Raysdale, alternativamente.

Raysdale había quedado en tierra, inconsciente.

Cuando Dick y Conger llegaron abajo, examinaron atentamente a aquellos tres hombres. Tres tipos fuertes, duros. Uno de ellos, un poco más viejo que los otros dos, tenía aire de dignidad y parecía el jefe del reducido grupo.

—¿Nimmo? —inquirió Dick.

El hombre dio un paso adelante.

—Teniente Willard Nimmo —dijo—. ¿Quién es usted?

—Monahan, F.B.I. Éste es Conger.

Se percibió el suspiro de alivio de aquellos tres hombres.

—Nunca me ha alegrado tanto ver a alguien, Monahan —dijo Nimmo—. Vaughan y Devine. Somos...

—Sé quiénes son ustedes, Nimmo. Concretemos ahora su posición en este asunto. ¿Saben que Negin fue asesinado?

Los tres hombres cambiaron miradas.

—Lo imaginábamos —dijo Nimmo—. Desde que pedimos explicaciones nos han tenido encerrados aquí. Sepan ustedes que nos engañaron. Solicitaron nuestra colaboración como instructores de reclutas. Pretendían especializar comandos para un ejército regular de un país africano. O sea que nuestra labor era legal, ya que actuaríamos protegidos por un país conocido. Bien... Eso fue lo que nos dijo Raysdale. Nos aseguró un pago interesante y aceptamos todos. Luego..., no sé qué ocurrió con Negin.

Dick Monahan estaba lívido de ira.

Sin pronunciar palabra, se acercó a Raysdale.

El tipo ya había abierto los ojos. Y le miraba tranquilamente, con cinismo.

—Reclutas para un país africano, ¿eh? —masculló—. Instructores de comandos para un ejército regular... Raysdale, negro traidor... ¿Qué pretendían? Estos hombres, Nimmo,

Vaughan, Devine y Negin tenían la misión de formar comandos, es cierto, pero no para incluirlos en un ejército regular, sino para lanzarlos a Santo Domingo. ¿Cierto o no?

Intervino Nimmo:

—No comprendo, Monahan. ¿Qué clase de comandos son necesarios en Santo Domingo?

—Comandos comunistas, Nimmo.

—Pero...

—Ustedes, engañados en principio, luego se hubiesen visto obligados a cumplir órdenes de los comunistas. Se supone que ustedes, por haber combatido, conocen bien el manejo de las armas. Por otra parte, sus expedientes son magníficos y pensaron que nadie mejor para instruir reclutas americanos con armas checas. Todo está preparado en el islote llamado Carriacu, uno de los Granadillos. Allí, ustedes se hubieran encontrado con dos mil piezas, entre armas cortas y artillería ligera. Además, con gente americana. Indiscutiblemente, su labor hubiese sido buena y rápida, con lo cual un «Club» comunista se hubiese encontrado con una aceptable fuerza de comandos, capaces de cualquier cosa, puesto que se trata de gente bien elegida.

Nimmo se irguió.

—Yo no hubiese aceptado, Monahan.

—Vamos, Nimmo... Una vez utilizados, ustedes serían un estorbo. ¿No lo comprende?

—Bien... Pero ¿por qué todo esto? No tiene objeto alguno lanzar esos comandos a Santo Domingo. Por lo menos, yo no alcanzo a comprenderlo.

Dick miró torcidamente.

Miró a Raysdale.

—Usted no comprende, Nimmo —murmuró Dick—. Yo sí. Hay que conocer a esta gente para poder luchar contra ellos.

Nimmo y los otros dos estaban desconcertados. Miraban furiosamente a Raysdale. Un sucio embustero... Les había engañado y raptado. Luego, les hubieran obligado a instruir reclutas...

—Pero, en Santo Domingo se están haciendo negociaciones...— trató de hallar una explicación Nimmo.

—Que no prosperan, por ahora —dijo Dick—. Y los comunistas no desean que prosperen. Ellos no quieren paz. ¡No quieren paz!

Tratarán de aprovechar siempre cualquier conflicto civil para sembrar la confusión y el miedo.

XI

DICK seguía mirando a Raysdale.

—Jamás se conseguiría un alto el fuego efectivo en la isla, con esos comandos especializados. Hasta es posible que el comunismo tenga ya un hombre fuerte para lanzar a Santo Domingo. Un hombre que, si les dejamos, convertiría a Santo Domingo en un peligroso foco comunista en el Caribe. Propaganda, subversión, violencia... Pero para eso estamos nosotros, Raysdale. Y para eso está la C.I.A., en el exterior del país. De «nuestro» país, Raysdale.

El tipo seguía silencioso.

Había perdido, estaba claro. Y todo había sido un perfecto fracaso. Pero a él no le arrancarían una confesión.

Los demás estaban también mudos, aunque por diferentes motivos: se sentían horrorizados al pensar que hubieran podido hacer el juego a aquel negro complot.

Nimmo avanzó con los puños cerrados hacia Raysdale.

—¡Cerdo! —Escupió.

Raysdale, tranquilo, se limpió la saliva de Nimmo.

—Tranquilícese, Nimmo —gruñó Dick—. Todo ha salido bien... A costa de mucha sangre. Levántese, Raysdale; nos vamos.

Raysdale se incorporó.

Conger fue el primero en dirigirse hacia las escaleras, y Dick empujó a Raysdale. Luego, hizo una seña a los otros tres hombres. Poco después, todos estaban arriba. Dick Monahan sabía que ya estaba allí el inspector Dashiell, con más hombres, y con la ayuda de la Policía uniformada. Iba a ser una redada perfecta.

—A la calle —dijo.

Salieron al exterior. Un foco cayó inmediatamente sobre ellos.

Dick respiró con fuerza la brisa húmeda de la madrugada. Todo

era silencio, tensión...

Se veían las aguas del río, sucias y algo revueltas. La bruma apenas dejaba ver las luces de Queens, al otro lado del río. Y el puente de Manhattan aparecía majestuoso, como una hilera de luces suspendidas en la noche. De cuando en cuando algún coche cruzaba el puente, dejando una breve estela de luz.

Dick Monahan salió del cono de luz y vio el coche del F.B.I. Vio también al inspector Dashiell, a Dade...

Y, de súbito, ocurrió algo.

Un hombre creyó ver su oportunidad de huir. Y saltó hacia adelante, librando sus ojos de la potente luz. Luego, echó a correr rectamente en dirección al muelle.

La distancia era de escasas yardas, y quizás creía hallar la salvación en las aguas oscuras del río.

Roy Raysdale sabía que sus músculos responderían perfectamente al esfuerzo. Se arrojaría al agua y nadaría hasta reventar. Tal vez encontrara algún hueco, una desembocadura, algo...

Por un instante sólo se percibió el rumor de la rapidísima carrera de Raysdale.

Dick Monahan reaccionó. Corrió detrás de él.

—¡Alto, Raysdale!

Era inútil.

Raysdale estaba tan cerca del agua...

Saltó.

En aquel instante una metralleta entonaba un canto seco y breve; una simple ráfaga dirigida hacia aquel cuerpo que pareció suspendido en el aire durante unos segundos. Resonó un grito extraño, y muchos pares de ojos vieron caer aplomado aquel cuerpo. Se oyó el chapoteo.

Seguidamente, hubo carreras hacia el borde de cemento del muelle. Acudieron varios agentes con focos, alumbrando aquellas turbias aguas, que burbujearan en un punto. Burbujas sangrientas. Un pequeño remolino...

Luego, el río siguió su curso, inmutable.

En el grupo estaba el Inspector Dashiell, quien gruñó:

—No debieron disparar. Hemos podido alarmar a los del barco. Y no haremos nada hasta las cinco en punto de la madrugada.

Tenemos una hora para estar atentos. No podemos dejar escapar a uno solo de los presuntos reclutas. Y... ellos se encargarán de completar nuestro informe. Y queda mucho más trabajo.

Dick le miró.

—En Saint George murió un hombre del F.B.I.

—¿Crees que no lo recuerdo?

—Sí, claro...

—De lo de Saint George se ocupará la Delegación de San Juan de Puerto Rico, Dick. Cursaremos también un informe relativo a la existencia de armas en Carriacu, y los superiores decidirán lo que hay que hacer. Lo nuestro ahora es evitar que el barco parta.

Los de los focos seguían barriendo el agua, atentos. No existía plena seguridad de que Raysdale estuviera muerto.

Conger se acercó a Dick y al inspector Dashiell.

—Buen trabajo, Dick —gruñó—. Y de ese tipo, ni rastro.

—Hubiese preferido que respondiera ante un tribunal —dijo Dick—. Y tal vez hubiese podido decir algo interesante. La agencia de viajes de Lamport puede tener derivaciones insospechadas, ¿comprendes? Es una red perfecta.

Conger meneó la cabeza.

—Ese hombre no hubiese hablado, compadre. Además, ¿para qué? Lo has adivinado todo.

—Era fácil. Y lo sospeché desde el principio.

Conger se rascó la cabeza.

—Ya...

—De todos modos, siempre lo digo: exterminamos el mal, pero dejamos la raíz. Sólo hemos conseguido eliminar un grupo comunista y destruir unos planes. Siempre queda mucho por hacer con ellos.

—Muchacho..., no te amargues la vida. Por cierto: estoy reventado —gruñó Conger.

Dick consultó su reloj de pulsera. Dijo:

—Faltan cuarenta y cinco minutos para las cinco.

Todo estaba en orden. El buque llamado «Cosulich» estaba en la punta del muelle, con sólo las luces de situación encendidas. El muelle 27 estaba atestado de policías silenciosos, vigilantes.

Nimmo, Vaughan y Devine presenciaban la operación, junto a los hombres del F.B.I.

En cuanto a Dick, empezó a sentir una extraña emoción. No es que hubiese olvidado a Joan, pero en aquellos instantes, libre ya de tensión, la recordaba con mayor intensidad.

Bueno..., había que reconocer que Joan había sido la base de la solución de aquel caso.

Le estaría esperando, claro...

—¡Eh! ¿De qué te ríes? —Gruñó Conger.

—¿Yo?

—Tú. Estás sonriendo de un modo raro.

—Déjame en paz.

Conger rió burlonamente.

Poco después, todo volvía al silencio expectante, cuando en el «Cosulich» apareció una luz rojiza emitiendo señales. Todo a punto.

XII

AQUELLA tarde había quedado todo ultimado. El caso pasaba al archivo y, a partir de las siete de la tarde, Dick Monahan podía hacer lo que le diera la gana. Lo peor del caso es que Dick estaba desconcertado y furioso.

Había sido inútil buscar a Joan.

Se había marchado.

Sin más; sin una palabra; sin nada. Sencillamente había desaparecido, se había esfumado.

Y aquella tarde, Dick, como otras anteriores, iría al «Club 22». No iba a perder la esperanza de encontrarla.

La buscaría donde fuese necesario, haría indagaciones en la C.I.A. Buscaría en Viena si era preciso. Claro..., ¿quién podía asegurar que Joan no había estado jugando con él y que su verdadera intención era la de regresar a Viena, una vez concluido el asunto? Podía ser, pero había que investigar más antes de decidirse a un vuelo a Viena.

La maldita ansia de aventuras...

¡Qué diablos...! Joan tendría que dejarlo todo. Todo, a cambio de Richard Monahan.

Sí. Dick estaba furioso y, además, algo deprimido. ¿Por qué se habría enamorado? La tarde anterior había ido a la pensión donde Joan debía esperarle, y ella se marchó, dejando algunas cosas; cosas que Dick contempló y acarició, sintiendo un nudo en la garganta.

¡Maldita sea...!

«Club 22».

Buen ambiente.

Era un lugar ideal para pasarlo bien, en efecto. Y la gente lo aprovechaba. Muchos bailaban, otros bebían, hablaban, reían...

Todos aquéllos eran felices a su manera. Claro: había mujeres hermosas para elegir, había aliciente...

Dick echó un vistazo por las mesas, que se abarrotaban rodeando la pista-escenario, sin descubrir a Joan.

Fue a la barra.

—«*Ginger-ale*» —pidió.

Servido.

—Un momento —gruñó, mirando al «barman»—. Quisiera hacerle una pregunta. Se trata de una chica. Una morena alta, hermosa, ojos muy negros...

El camarero, inexpresivo, miró en torno.

Dick también. Claro: había muchas morenas guapas.

—No es ninguna de éstas —dijo el federal.

—Pues lo siento, amigo. ¿No sabe más de ella?

—Se llama Joan.

En aquel instante alguien tocaba el hombro de Dick.

Se volvió y vio un cigarrillo muy cerca de él, entre dos labios muy pintados. Dio fuego a aquella mujer y esperó la respuesta del camarero.

—Nada, señor. Lo siento.

Dick bebió un sorbo del «*ginger-ale*». Oyó:

—Eh, amigo, ¿tiene algo contra las pelirrojas?

Era la del cigarrillo.

La miró expresivamente.

—Responda, cariño. He oído algo, ¿sabe?

Sí, pelirroja. Bonitas rodillas; bonito busto... Sólo que no era Joan.

Ella insistió:

—Las pelirrojas tenemos más aliciente que las morenas. Puedo demostrarlo.

—Otro día, muñeca.

Dick terminó la consumición; dejó un billete sobre la barra y se largó del «Club 22».

Un paseo de más de media hora, hasta su propio apartamento, en Stuyvesant Square, le calmó un poco. Subió, se preparó un poco de *whisky* con hielo y soda, encendió un cigarrillo y se sentó en un sillón. Lo mejor era pensar con calma y decidirse de una vez. La C.I.A., quizá le diera alguna pista.

Fumaba tranquilo. Oía música proveniente del apartamento vecino. Todo en calma, pero... faltaba algo...

El zumbador.

Dejó el vaso en una mesita y se levantó, despacio. Sería Joe. Joe no tenía problemas...

Fue a abrir, y sintió de súbito un fuerte golpe en el pecho. Un dolorcillo en el corazón, que luego se fue transformando en calor. Y ella bajó la mirada; sonreía tímidamente. Y estaba realmente impresionante, con el peinado nuevo que recogía su cabellera hacia lo alto, proporcionándole mayor esbeltez.

—¿Puedo... pasar, Dick? —inquirió en susurros.

—Adentro —masculló Dick.

—¡Oh...! ¿Me guardas rencor, querido?

Ella le miraba rectamente. Y su voz era tan cálida, tan brillantes sus ojos...

—Di algo, Dick. Me siento culpable...

Respiró hondo. Cerró la puerta.

—Ya no importa —murmuró—. Estás aquí, Joan. ¿Por qué lo hiciste?

Tardó un poco en responder:

—No sé, Dick... Quería estar segura. He estado meditando estos días, ¿sabes? Voy a dejarlo todo por ti. Se acabaron las aventuras para mí. Me alegro de haberlo decidido, y... ojalá te hubiese conocido antes.

Dick sonrió torcidamente.

—No creas que las aventuras se han acabado del todo, Joan.

Ella arqueó las cejas.

—¿No? —Inquirió.

—Yo te demostraré que el amor también puede ser una aventura. Y la mejor. Acércate a mí, «bombón».

—Oh, Dick...

El teléfono. ¡Maldita sea!

Y cuando ya Dick estaba rozando la cintura de Joan... ¿Quién diablos se atrevía a estorbarle en aquellos momentos? Dio unas zancadas hacia la salita, tomó el teléfono y rezongó:

—Habla Monahan.

—¡Compadre!

—¿Qué hay, Joe?

—¿Qué te parece si esta noche...?

Dick apartó el auricular del oído. Compuso un gesto de asco, mirando el aparato, mientras Joe Conger seguía explicando su plan. Tranquilo, Dick colgó el teléfono. Giró despacio. ¿Acaso no estaba allí ella?

Y avanzaba hacia Dick.

—Has... has colgado, Dick...

—Claro.

—Bueno.

—¿Qué te ocurre ahora, querida?

—Tengo un poco de miedo —sonrió Joan, entornando los ojos

—. Pero es un miedo agradable, dulce. Te quiero, Dick.

Dick carraspeó.

—Eh..., ¿qué te parece si probamos...?

—Claro, amor.

Probaron.

Pues sí. Joan empezaba a comprender que, en efecto, el amor podía ser su mejor aventura. Nunca más volvería a sentir miedo en cualquier sórdida cloaca de Viena; ni tendría que ocultarse y luchar; ni tendría que jugar con tipos para enviar informes al F.B.I...

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —inquirió Dick.

—Me... me estás convenciendo, Dick...

—¿No volverás a irte?

—No.

—¿Olvidarás cuanto no sea Richard Monahan?

—Prometido.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

¿Para qué hablar más, entonces?

Un apartamento tranquilo; la música de transistor del vecino. Paz.

Probaron de nuevo.

FIN



La vida vale
un centavo... o
más de un millón.
No importa, hay
que vivirla
intensamente.

OESTE

- * Es la colección que
resume los problemas
de los seres que amaban
la vida con frenesí y
la perdían con bravura
y con pasión.

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN **8** Pesetas

